MAUPASSANT

BAJO
EL SOL
DE ÁFRICA

PQ2349
B3
S6

1020026635

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BAJO EL SOL DE AFRICA

Núm. Clas 916
Núm. Autor M452b
Núm. Aug. 30519
Procedencia —8—
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

OBRAS
DE
GUY DE MAUPASSANT

	Tomos
El buen mozo	2
La señorita Perla	1
La criada de la granja	1
Berta	1
Bajo el sol de Africa	1
El testamento	1
La loca	1
La abandonada	1
Miss Harriet	1

GUY DE MAUPASSANT

BAJO EL SOL DE AFRICA

Traducción de AUGUSTO RIERA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Calle Mallorca, 166

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Calle Cuyo, 1070

1905

099753

30519

843
M.
PQ2349
B3
S6

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad de la Casa Editorial Maucci, de Barcelona.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.

AL SOL

AL SOL

La vida tan corta, tan larga, se hace insoportable á veces. Transcurre monótona con la muerte por término. No se la puede detener, ni cambiar, ni comprenderla. A menudo os indignáis ante la impotencia de vuestros esfuerzos. ¡Hagamos lo que hagamos, moriremos! Sea lo que fuere lo que creamos, pensemos ó intentemos, la muerte nos espera. Y nos parece que vamos á morir mañana sin conocer nada, aun cuando asqueados de lo que conocemos. Entonces nos sentimos anonadados comprendiendo «la eterna inanidad de todo», la impotencia humana y la monotonía de las acciones.

Nos levantamos, andamos, nos ponemos de codos á la ventana. Los vecinos de enfrente almuer-

zan como almorzaron ayer, como almorzarán mañana. Son marido, mujer y cuatro hijos. Hace tres años vivía aún la abuela. Ya no vive. El padre ha variado mucho desde que somos vecinos. Él no lo advierte; parece contento y dichoso. ¡Imbécil!

Hablan de un matrimonio, después de una muerte, luego del pollo que comen, que resulta correoso, y por fin de la criada que les sisa. Les preocupan mil cosas inútiles y tontas. ¡Imbéciles!

El aspecto del piso en que viven hace dieciocho años me llena de indignación y asco. ¿Esto es la vida? ¡Cuatro paredes, dos puertas, una ventana, una cama, unas sillas, una mesa y ya está! ¡Cárcel! ¡Cárcel! ¡Toda habitación en que se vive mucho tiempo se convierte en cárcel! ¡Oh, huir, marchar! ¡Huir de los sitios conocidos, de los hombres, de los movimientos iguales ejecutados á una misma hora, y sobre todo de los mismos pensamientos!

Cuando se está cansado, cansado de un modo mortal, de la mañana á la noche, cansado hasta el punto de no poder levantarse para ir en busca de un vaso de agua, cansado de los rostros que nos son familiares, vistos harto á menudo y que ya nos irritan, cansado de los odiosos y plácidos vecinos, de lo habitual y monótono, de la casa, de la calle,

de la criada que viene á preguntar: «¿Qué desea el señorito para comer?» y que se marcha, levantando á cada paso con el tacón el borde deshilachado de las sucias sayas; cansado del perro demasiado fiel, de las manchas inmutables de la pared, de la regularidad de las comidas, del sueño en la misma cama, de cada acción repetida cada día; cansado de sí mismo, del timbre de su propia voz, de los actos que se repiten sin cesar, del estrecho círculo de sus ideas, cansado de nuestro propio rostro visto en el espejo, de los visajes que hace afeitándose, peinándose, hay que partir, entrar en una vida nueva y distinta.

Los viajes son algo así como una puerta por donde se sale de la realidad conocida, para penetrar en una realidad inexplorada que parece un sueño.

¡Una estación! ¡Un puerto! ¡Un tren que silba y escupe su primera bocanada de humo! ¡Un gran vapor que sale lentamente de la bahía pero cuyos flancos se estremecen de impaciencia y que va á desaparecer en el horizonte, en demanda de nuevas tierras! ¿Quién puede ver esto sin envidia, sin sentir que se despierta en su alma el anhelo de los largos viajes?

Se sueña siempre en un país preferido, quien en

Suecia, quien en las Indias, éste en Grecia, aquél en el Japón. Yo me sentía atraído hacia el Africa de un modo imperioso, por la nostalgia del Desierto desconocido como por el presentimiento de una pasión que va á nacer.

Salí de París el 6 de julio de 1881. Quería ver aquella tierra del sol y de la arena en pleno verano, bajo el calor bochornoso, bajo la furia cegadora de la luz.

Todos conocen la magnífica poesía de Leconte de Lisle:

Midi, roi des etés, epandu sur la plaine,
Tombe en nappes d' argent, des hauteurs du ciel bleu.
Tout se tait. L' air flamboie et brule sans haleine;
La terre est assoupie en sa robe de feu.

El mediodía del desierto, el mediodía fulgurante por la arena inmóvil y sin límites es lo que me ha hecho dejar las *floridas orillas* del Sena cantadas por la señora Deshoulières, los frescos baños de la mañana y la verde sombra de los bosques para atravesar las ardientes soledades.

Otra causa daba por entonces mayor atractivo á Argelia. Bu-Amema, el invisible caudillo, proseguía aquella fantástica campaña que tantas tonterías ha

hecho decir, escribir y cometer. Se aseguraba que los indígenas preparaban una insurrección general, dispuestos á intentar un postrer esfuerzo, y que en cuanto terminara el Rhamadán estallaría la guerra de un extremo á otro de Argelia. Era, pues, muy curioso estudiar á los árabes en aquella ocasión, tratar de comprender su alma, cosa que importaba bien poco á los colonizadores.

Flaubert decía á veces: «Es posible imaginarse el desierto, las pirámides, la Esfinge, antes de verlas; lo que no se puede imaginar antes de haberla visto es la cabeza de un barbero turco, en cuclillas delante de su tienda.»

¿No sería más interesante aun saber lo que piensa esa cabeza?

EL MAR

EL MAR

Marsella palpita bajo el alegre sol de un día de verano. Parece reir, con sus grandes cafés lujosos, sus caballos con sombreros de paja como si fueran á una mascarada, sus habitantes atareados y bulliciosos. Parece embriagada cuando se oye su peculiar acento que canta por las calles, que todos exageran como teniéndolo á gala. Oído en otra parte cualquiera un marsellés hace gracia; parece un extranjero que destroza el francés; pero en Marsella, cuando están todos reunidos, parece que aquel acento lo toman por broma. ¡Hablar todo el mundo de aquel modo es demasiado, voto va!... Marsella transpira al sol como una linda muchacha mal cuidada, porque la maldita huele á ajos y á otras cosas

peores. Trasciende á los mil guisos que se zampan los negros, turcos, griegos, italianos, españoles, malteses, ingleses, corsos y hasta los marselleses tendidos, sentados, acurrucados, echados en los muelles.

En el puerto de la Joliette los grandes vapores con la proa vuelta al mar libre, arden al sol, mientras una muchedumbre de cargadores les llena las bodegas de fardos y mercancías.

Uno de ellos, el *Abd-el-kader*, lanza de pronto tremendos mugidos porque el silbato ha sido reemplazado por la sirena que grita como un animal herido, con voz formidable que sale de la humeante barriga del monstruo.

El gran navío suelta las amarras, pasa poco á poco entre sus hermanos que aun están inmóviles, sale del puerto, y, bruscamente, después de haber lanzado el capitán con su bocina el grito de: «¡En marcha!», que baja hasta las profundidades del buque, acelera su movimiento con ardor, corta las olas y deja detrás de sí larga estela, mientras las costas parecen huir y Marsella perderse en el horizonte.

Avisan para la comida. Poca gente. Apenas hay quien vaya al Africa en verano. En el extremo de

la mesa un coronel, un ingeniero, un médico, dos rentistas de Argel con sus esposas.

Se habla del país á donde se va, de la administración que le conviene.

El coronel reclama enérgicamente un gobierno militar, habla de la táctica que hay que observar en el desierto y declara que el telégrafo es peligroso é inútil para los ejércitos. Sin duda ha experimentado algún fracaso á causa del telégrafo.

El ingeniero estima que lo más oportuno sería confiar la colonia á un inspector general de puentes y calzadas, que construiría canales, presas, caminos y mil otras cosas útiles.

El capitán del buque entiende que un marino sería el gobernador ideal ya que la Argelia sólo es abordable por mar.

Los dos rentistas señalan las faltas que comete el gobierno, y todos ríen, no comprendiendo por qué es tan torpe el gobierno.

Luego se sube de nuevo á cubierta. Sólo se ve el mar, el mar inacabable, tranquilo, sin una arruga, dorado por la luna. El pesado buque parece deslizarse por su superficie dejando detrás de sí una larga estela hirviente en la que el agua parece fuego líquido.

El cielo, de un negro azulado, se extiende sobre nuestras cabezas, tachonado de estrellas que de vez en cuando desaparecen entre la humareda que vomita la chimenea, y el farolito que se balancea en la cima del palo, parece una gran estrella que brilla entre las otras. Sólo se oye el ruido de la hélice en las profundidades del navío. ¡Cuán encantadoras son las horas sosegadas de la noche en el puente de un vapor en marcha!

Durante toda la jornada siguiente se medita bajo la toldilla, rodeado de agua por todos lados. Llega la noche; reaparece el día. Se duerme en el estrecho camarote en forma de ataúd. Son las cuatro de la mañana; ¡en pie!

¡Qué despertar! Una costa extensa y á lo lejos, enfrente, una mancha blanca que crece—¡Argel!

ARGEL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

ARGEL

¡Belleza inesperada que encanta y enamora! Argel es mejor de lo que creía. ¡Cuán linda es la ciudad de nieve bajo la luz deslumbradora! Una inmensa terraza, sostenida por elegantes arcadas, corre á lo largo del puerto. Más arriba las grandes fondas y el barrio francés y más arriba aun, se escalona la ciudad árabe, que es un amontonamiento de casitas blancas, extrañas, metidas unas dentro de las otras, separadas por calles que parecen claros subterráneos. El piso superior está sostenido por pies derechos pintados de blanco. Los aleros de los tejados se tocan. Hay bruscas rampas que llevan á agujeros habitados, escaleras misteriosas hacia moradas que parecen madrigueras donde pulu-

lan las familias árabes. Una mujer, grave y velada, pasa mostrando los jarretes, que no turban la imaginación porque están cubiertos de una costra de sudor y de polvo.

Desde la punta de la escollera, el golpe de vista es magnífico. Admira el menos artista aquella cascada de casas blanquísimas que parecen despeñarse desde la cima de la montaña al mar. Diríase la espuma de una torrentera, una espuma inmaculada, y de trecho en trecho, á guisa de remolino, la masa de una mezquita que reluce al sol.

Por todas partes pulula una multitud cuyo aspecto asombra. Centenares de miserables, cubiertos simplemente con una camisa ó con dos alfombrillas cosidas en forma de casulla ó con un saco viejo agujereado para pasar cabeza y brazos, descalzos, van, vienen, se injurian, se pelean, piojosos, astrosos, manchados de cieno, mal olientes como bestias.

Tartarín diría que huelen á «Teur» (Turco); aquí se huele á turco en todas partes.

Hay, además, una legión de rapazuelos de negra piel, mestizos de kábilas, de árabes, de negros, de blancos, hormiguero de limpiabotas, molestos como moscas, alegres y atrevidos, viciosos desde la

cuna, endiablados como monos que os injurian en árabe y os persiguen en francés con su eterno: «Cié mossieu». Se les tutea y os tutean. Aquí todo el mundo se habla de «tú». El cochero que alquiláis por la calle os pregunta: «¿Dónde llevaré á ti?» Sepan los cocheros de París que éstos les ganan en desparpajo.

El día mismo de mi llegada presencié un hecho que no tiene en sí ningún valor; pero que resume la historia de Argel y de la colonización.

Mientras estaba sentado ante la mesa de un café, un muchacho se apoderó á viva fuerza de mis pies y empezó á dar betún á las botas con verdadera furia. Después de frotar durante quince minutos y de dejar el cuero reluciente como un espejo, le di diez céntimos. Pronunció un «mecí mossieu»; pero no se levantó. Permanecía acurrucado entre mis piernas, inmóvil, moviendo los ojos como si se sintiera mal. Le dije: «Ea, vete, arbicó». No contestó, no se movió, y luego, de pronto, cogiendo su caja de limpiar, escapó como alma que lleva el diablo. Vi que un negro de unos dieciséis años, alto y robusto, salía de un portal en el que se escondiera y se lanzaba detrás del limpiabotas. En dos zancadas le alcanzó, le abofeteó, le registró, y después de apoderarse de

los diez céntimos, se marchó riendo, mientras el infeliz robado lanzaba quejidos lastimeros.

Estaba indignado. Mi vecino de mesa, que era un oficial amigo mío, me dijo: «Déjelos, así se establecen las jerarquías. Mientras no tienen fuerzas para robar á los demás de su casta, lustran las botas; pero apenas se ven capaces de saquear á los más débiles ya no trabajan. Acechan á los limpiabotas y les limpian los bolsillos». Y añadió riendo: «Poco más ó menos todos obran de igual modo en este país.»

El barrio europeo de Argel, que es bonito visto de lejos, parece, visto de cerca, una ciudad nueva crecida en terreno que no le conviene. Al desembarcar se ve un gran letrero que atrae la mirada: «Skating-Rink Algérien,» y desde los primeros pasos se advierte que el progreso se ha aplicado de un modo torpe en este país, se comprende que la civilización resulta brutal, mal adaptada á las costumbres, al cielo y á la gente. Nosotros somos los que parecemos bárbaros entre estos bárbaros, muy brutos en verdad, pero que están en su casa y á quienes el tiempo les ha impuesto usos de los cuales parecemos no comprender el sentido siquiera.

Napoleón III dijo unas palabras oportunas (quizá

sugeridas por un ministro): «Lo que necesita Argelia no son conquistadores, sino iniciadores.» Y nosotros hemos continuado siendo conquistadores brutales, torpes, infatuados de nuestras ideas preconcebidas. Nuestras costumbres, nuestras caras parisienses, nuestros usos, chocan en este país como groseras faltas de arte, de prudencia y de comprensión. Cuanto hacemos parece un contrasentido, un reto, dirigido no tanto á sus habitantes como al mismo país.

Algunos días después de mi llegada, vi un baile en Mustafá. Parecía la fiesta de Neuilly. Se vendían bollos, había tiendas de tiro, loterías, juegos de muñecos y cuchillos, sonámbulas, monstruos, ganapanes bailando con mujerzuelas y señoritas de mostrador los rigodones de Bullier, en tanto que dentro del recinto de pago, en el campo de maniobras, en la llanura arenosa, centenares de árabes, tendidos, á la luz de la luna, escuchaban gravemente, envueltos en sus blancos pingajos, las coplas de los bailables que ejecutaban los franceses.

LA PROVINCIA DE ORAN

La provincia de Orán

Para ir de Argel á Orán se necesita un día de tren.

Se atraviesa primero la llanura de Mitidja, fértil, sombreada, poblada. Tal región es la que se enseña á un recién llegado para patentizar la fertilidad de nuestra colonia. Cierto que la Mitidja y la Kabilia son dos admirables comarcas. Actualmente la Kabilia está más poblada que el departamento de Pas-de-Calais y poco le falta para ello á Mitidja. ¿Qué se quiere colonizar en tales puntos? Ya hablaré de ello.

El tren rueda, adelanta, desaparecen las llanuras cultivadas; el suelo aparece desnudo y rojizo, es el verdadero suelo de Africa. El horizonte, estéril y

ardiente, se ensancha. Seguimos el inmenso valle de Chelif encerrado entre montes desolados, requemados, grises, sin un árbol, sin una hierba. De cuando en cuando la línea de los montes baja, se entreabre como para mostrar mejor la esterilidad del suelo abrasado por el sol. Un espacio enorme, plano, se extiende á lo lejos, limitado por la línea casi invisible de una cordillera envuelta en brumas. En las incultas cimas se elevan de trecho en trecho unos puntos blancos, redondos, á guisa de huevos disformes puestos por gigantescas aves. Son templos elevados en honor de Allah.

En la amarilla interminable llanura á veces se advierte un grupo de árboles, hombres que están en pie, europeos bronceados por el sol que miran pasar el tren. Y allí cerca, como hongos desmesurados, aparecen unas tiendas de campaña de las que salen unos soldados barbudos. Es una aldea de agricultores protegida por un destacamento de tropa.

Luego, en la extensión de tierra estéril, tan lejos que apenas se ve, se distingue una especie de humareda, una nube ligera que sube hacia el firmamento y parece correr por el suelo. Es un jinete que levanta, bajo los pies de su caballo, remolinos

de polvo fino y abrasador. Cada una de aquellas nubecillas indica que por la llanura corren hombres cuyo albornoz blanco apenas si se columbra.

De cuando en cuando surgen campamentos de indígenas. Apenas si se advierten aquellos aduares que se levantan al borde de un barranco seco, donde los muchachos hacen pacer algunas cabras, carneros ó vacas, si vale la palabra «pacer» aplicada á un sitio donde casi no crece ninguna hierba. Las tiendas de tela parda, rodeadas de zarzas secas, se confunden con el color uniforme del suelo. En el terraplén de la línea un hombre atezado, con las piernas desnudas, secas, sin pantorrillas, envuelto en harapos que fueron blancos, contempla gravemente el monstruo humeante que avanza hacia él.

Más allá aparece un grupo de nómadas en marcha. La caravana adelanta entre el polvo, levantando gran polvareda. Las mujeres y los niños van montados en borricos ó caballos de poca alzada y algunos jinetes cabalgan á vanguardia con gran gallardía y nobleza.

Y así durante leguas y leguas. En las estaciones del tren hay aldeas europeas con casas parecidas á las de Reuil ó Nanterre, algunos árboles resecos en torno, uno de los cuales sostiene una bandera tri-

color por ser el 14 de Julio, y con un gendarme en la puerta de salida igual á los gendarmes de Nanterre ó de Reuil.

El calor es intolerable. No se puede tocar, ni aun dentro del vagón, ningún objeto de metal. El agua de las cantimploras escalda la boca. El aire que penetra por la ventanilla parece salir de la boca de un horno. En Orleansville el termómetro marca cuarenta y nueve grados á la sombra.

Se llega á Orleans á la hora de la comida.

Orán es una verdadera ciudad europea, de gran comercio, más española que francesa, y poco notable. En la calle se ven lindas muchachas de ojos negros, color trigueño y blancos dientes. Cuando hace buen tiempo se ve el suelo de España, de su patria.

Apenas se ha puesto el pie en tierra africana se siente el deseo imperioso de ir más lejos, hacia el sur.

Tomé, pues, billete para Saida y subí al ferrocarril de vía estrecha que sube á las altas mesetas. En torno de esa ciudad ronda, con sus jinetes, el invisible Bu-Amema.

Después de algunas horas de marcha se llega á las primeras estribaciones del Atlas. El tren sube,

resopla, apenas anda, serpentea por el flanco de áridas colinas y pasa junto á un lago inmenso, formado por tres riachuelos, que cierra la famosa presa del Habra. Un muro colosal, largo de quinientos metros, detiene, suspendidos sobre una llanura inmensa, catorce millones de metros cúbicos de agua.

(Esta presa cedió al año siguiente anegando centenares de hombres y arruinando toda una comarca. Era precisamente en la época en que se hacía una suscripción en favor de unos españoles ó húngaros, y nadie se cuidó de ese desastre francés).

Pasamos luego por estrechos desfiladeros entre dos montañas que parecen haber sido incendiadas recientemente, según lo rojas y desnudas que están; damos la vuelta á picos enormes, seguimos á lo largo de suaves pendientes, ejecutamos rodeos de diez kilómetros para evitar un obstáculo, y luego nos precipitamos á toda velocidad en una llanura, desviándonos de vez en cuando de la recta, como para continuar la costumbre tomada.

Los vagones son pequeños, la máquina como la de un tranvía. A veces parece extenuada, estertora, gime, rabia, va tan despacio que podría seguírsela al paso, y de repente, arranca con furia.

Toda la comarca es árida y desolada. El rey de

África, el Sol, el feroz asolador se ha comido la carne de aquellos valles, dejando únicamente la piedra y un polvo rojo donde no puede germinar ni una planta.

Saida es una pequeña ciudad á la francesa que parece habitada únicamente por generales. A lo menos son diez ó doce y siempre parecen estar de conciliábulo.

Dan ganas de decirles:

—¿Dónde está hoy Bu-Amema, mi general?

Los paisanos parecen respetar muy poco á los militares.

La hostería es bien mala. Me acuesto en un jergón que hay en un cuarto enjalbegado. El calor es intolerable. Cierro los ojos para dormir.

¡Ay! Tengo la ventana abierta que da á un patinillo. Oigo ladrar á los perros. Están lejos, muy lejos, y parecen contestarse unos á otros. Pronto se acercan, llegan; ya están junto á las casas, en las viñas, en las calles. Son quinientos, quizá mil, hambrientos, feroces. Son los perros que en las altas mesetas guardaban los campamentos de los españoles. Desaparecidos ó muertos sus dueños, los animales rondan por los contornos muriéndose de hambre, y al topar con la ciudad la rodean como

un ejército. De día duermen en los barrancos, bajo las rocas, en los agujeros de las montañas; y apenas anochece, entran en Saida para comer.

Los hombres que vuelven tarde á su casa, tienen que llevar el revólver en la mano, porque les siguen y olfatean veinte ó treinta perros amarillentos, semejantes á zorras.

Ladran ahora de un modo continuo, espantoso, capaz de volver loco á cualquiera. Luego, se oyen otros gritos, aullidos débiles; son los chacales que llegan; y á veces sólo se oye una voz más fuerte y rara, la de la hiena, que imita al perro para atraerle y devorarle.

Aquella algarabía dura hasta el amanecer.

Saida, antes de la ocupación francesa, estaba protegida por una fortaleza que edificara Abd-el-Kader. La ciudad nueva está en un valle rodeado de montes pelados. Un riachuelo que casi se puede saltar á pies juntillas, riega los campos, cerca de los cuales crecen hermosas viñas.

Hacia el sur las montañas vecinas tienen el aspecto de una pared y son las últimas gradas que llevan á las altas mesetas.

A la izquierda se yergue un peñasco de color rojo encendido, de unos cincuenta metros de alto,

y que tiene en la cima restos de obras de fábrica. Aquellas minas es todo lo que queda de la Saida de Abd-el-Kader. Este peñasco visto de lejos parece que adhiere á la montaña; pero si se sube á él, se queda uno admirado y sorprendido. Un barranco profundo abierto entre la roca cortada á pico, separa el antiguo reducto del emir de la cercana montaña. Esta es de piedra rojiza que muestra las huellas de las lluvias de invierno en forma de profundas quiebras. Por el barranco corre el riachuelo entre un bosque de adelfas. Desde arriba parece aquello una alfombra oriental tendida en un corredor. El tapiz de flores parece interrumpido, manchado únicamente por los tonos verdes de las hojas que á veces predominan sobre la masa rosada.

Se baja á este valle por un camino de cabras. El riachuelo que allí llaman río (el Oued-Saida) y que es para nosotros un arroyuelo, bulle entre piedras bajo los arbustos floridos, salta peñascos, espumea, ondula y murmura. Sus aguas son calientes, casi queman. Enormes cangrejos corren por las márgenes con singular rapidez levantando sus pinzas en cuanto me ven. Grandes lagartos verdes desaparecen entre hojarasca. A veces una culebra se desliza entre las guijas.

El torrente se estrecha como si quisiera cerrarse. Un gran ruido que oigo sobre mi cabeza me hace estremecer. Es un águila que sorprendida sale del nido y se eleva dando aletazos lentos y fuertes, tan grande, que parece tocar con la punta de las alas ambas paredes.

Al cabo de una hora se llega al camino que va hacia Ain-el-Hadjar, subiendo la polvorienta cuesta.

Delante de mí, una anciana con sayas negras y cofia blanca, anda encorvada llevando en el brazo izquierdo una cesta, y sosteniendo con el otro, á guisa de sombrilla, un inmenso paraguas rojo.

¡Una mujer aquí! Admiraba ver una campesina en aquella triste comarca donde sólo se ve á las negras esbeltas relucientes vestidas de colores chillones, y que dejan al pasar un olor á carne humana capaz de dar asco al estómago más sólido.

La vieja, extenuada, se sentó en el polvo, jadeando bajo aquel calor tórrido. Tenía el rostro arrugado con mil arrugas como las que se hacen en los vestidos que se fruncen en la cintura, y el aspecto cansado, desesperado, lamentable.

Le hablé. Era una alsaciana á quien enviaron á aquellos países desolados junto con sus cuatro hijos al terminar la guerra. Me preguntó:

—¿Viene usted de allá?

Aquel «allá» me oprimió el corazón.

—Sí.

Se echó á llorar. Luego me contó su historia que era bien sencilla.

Les habían prometido tierras, y la madre y los hijos acudieron. Tres de aquellos habían perecido en el mortífero clima. Sólo le quedaba uno, pero enfermo. Sus campos nada les producían aunque eran grandes, porque no tenían una gota de agua.

La vieja repetía:

—Ceniza, caballero, todo es ceniza. ¡No se puede recoger ni una col, ni una col, ni una col!

Parecía fijarse en aquella idea de una col, que debía representar para ella toda la dicha terrestre.

No he visto nada tan doloroso como aquella pobre mujer de Alsacia desterrada en aquel suelo de fuego donde no crece ni una col. ¡Cuán á menudo debía pensar en el país perdido, en el país verde de su juventud la pobre viejecilla!

Al dejarme, añadió:

—¿Sabe usted si darán tierras en Túnez? Dicen que aquello es mejor. Siempre será mejor que esto. Quizá allí se ponga bueno mi hijo.

Los colonos franceses instalados allende el Tell deben decir lo mismo que los de Orán.

Sentía deseos de ir más allá; pero como ardía la guerra en todas partes, no podía aventurarme solo. Se me ofreció una ocasión, la de un tren que iba á llevar provisiones á las tropas acampadas á lo largo de los *chotts*.

Era un día de siroco. Desde la mañana se levantó viento del sur secando la tierra con su soplo lento, devorador, pesado.

A las siete se puso en marcha el convoy, llevando dos destacamentos de infantería con sus oficiales, tres vagones-cisternas llenos de agua, y los ingenieros de la compañía, pues desde hacía tres semanas, ningún tren había llegado hasta el extremo de la línea, que podían haber destruído los árabes.

La máquina *Hiena* arranca con ruido y se adelanta rectamente hacia la montaña, como si quisiera penetrar dentro de ella. Luego de pronto describe una curva, se hunde en un estrecho valle, tuerce bruscamente, y vuelve á pasar á cincuenta metros encima del sitio en que estaba hace poco. Da una nueva vuelta, traza circuitos unos sobre otros, sube siempre en zig-zag, trazando enmarañada curva que llega á la cima del monte.

He aquí grandes edificios, chimeneas de fábricas, una especie de ciudad abandonada. Son los magní-

ficos talleres de la Compañía Franco-Algerina. Allí se preparaba el esparto antes del asesinato de los españoles. Aquel sitio se llama Ain-el-Hadjar.

Subimos más. La locomotora resopla, resuella, modera su marcha, se para, tres veces trata de volver á andar y las tres no puede. Retrocede para tomar impulso, pero queda sin fuerza en mitad de la pendiente harto rápida.

Entonces los oficiales hacen bajar á los soldados que puestos en fila á lo largo de la vía, empujan el tren. Marchamos lentamente á paso de hombre. Se ríe, se bromea; los soldados se ríen de la máquina. Por fin llegamos. Ya estamos en las altas mesetas.

El maquinista, con el cuerpo inclinado hacia fuera, mira la vía que puede estar cortada; nosotros inspeccionamos el horizonte muy atentos, fijándonos mucho cuando se ve alguna polvareda que parece indicar que se acerca un jinete. Llevamos fusiles y revólvers.

A veces un chacal escapa al vernos; un enorme buitre toma vuelo, abandonando la carroña de un camello casi destrozado; y unas gallinas de Cartago que parecen perdices, se esconden en los grupos de palmeras enanas.

En la estación de Tafraua hay dos compañías de

línea acampadas. Aquí han perecido muchos españoles.

En Kralfallah hay una compañía de zuavos que se fortifica á toda prisa, haciendo barricadas con railes, vigas, postes telegráficos, fardos de esparto, todo lo que tienen á mano. Allí almorzamos, y los tres oficiales, jóvenes y alegres, el capitán, el teniente y el subteniente, nos ofrecen café.

El tren vuelve á marchar. Corre sin cesar por una llanura ilimitada que las matas de esparto hacen parecer á un mar tranquilo. El siroco se hace intolerable y nos echa al rostro el aire inflamado del desierto; y, á veces, en el horizonte aparece una forma vaga. Diríase que es un lago, una isla; parece que se ven rocas dentro del agua; es el espejismo. En un terraplén hay algunas piedras calcinadas y el esqueleto de un hombre. Son los restos de un español. Luego se ven otros camellos muertos, destrozados por los buitres.

Se atraviesa un bosque. ¡Qué bosque! Un océano de arena donde algunas raras matas de enebros parecen planteles de lechugas en un huerto gigantesco. En lo sucesivo ya no se ve otra planta que el esparto, que es una especie de junco de un verde azulado, que crece en matas redondas y cubre el suelo hasta donde alcanza la vista.

30519

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERREY, MEXICO

A veces creemos ver un jinete á lo lejos, pero desaparece. Quizá nos hemos engañado.

Llegamos á Oued-Fallette, situado en una extensión triste y desierta.

Me alejo á pie con dos compañeros, hacia el sur. Subimos una colina baja sufriendo un calor asfixiante. El siroco parece llevar fuego en sus alas. Seca el sudor en el rostro apenas aparece, quema labios y ojos y reseca la garganta. Bajo todas las piedras hay escorpiones.

En torno del convoy detenido y que de lejos parece una gran bestia negra tendida en el suelo, los soldados cargan los carros que llegan del campamento cercano.

Luego se alejan entre el polvo, lentamente, con cansado paso, bajo el sol devorador. Se les ve mucho, mucho rato, ir hacia la izquierda; luego, sólo se ve la polvareda gris que indica el sitio por donde pasan.

Estamos sentados cerca del tren. Nada se puede tocar, todo quema. El metal de los vagones parece enrojecido al fuego. Se lanza un grito si la mano toca el acero de las armas.

Hace algunos días la tribu de los Rezaina, yendo hacia los rebeldes, atravesó este *chott* que no pudi-

mos alcanzar por lo adelantado de la hora. El calor fué tan grande durante el paso de ese pantano desecado, que la tribu fugitiva perdió todos sus borricos, abrasados por la sed, y dieciséis niños, que murieron en brazos de sus madres.

Silba la máquina. Abandonamos Oued-Fallette. Un notable hecho de guerra hizo célebre aquel lugar.

Había allí una colonia defendida por un destacamento del 15 de línea. Una noche se presentaron en las avanzadas dos árabes después de haber hecho diez horas á caballo con una orden urgente del general gobernador de Saida. Según costumbre, agitan una antorcha para darse á conocer. El centinela, que era un recluta recién llegado de Francia y que ignoraba las costumbres y reglas del servicio en campaña en el sur, sin haber sido avisado por los oficiales, dispara sobre los mensajeros. Los pobres diablos adelantan á pesar de todo; la guardia empuña las armas, disparan los soldados y durante un rato hacen un fuego terrible. Después de sufrir ciento cincuenta disparos, los dos árabes se retiran por fin; uno de ellos tenía un balazo en el hombro. Al día siguiente regresan al cuartel general llevando aún las órdenes consigo.

BU-AMEMA

CAPILLA ALFONSINA

BU-AMEMA

Bien listo sería aún hoy día quien pudiese decir quién fué Bu-Amema. Ese invisible guasón, después de enloquecer á nuestro ejército de Africa, desapareció de un modo tan completo, que se empieza á suponer que nunca existió.

Oficiales dignos de crédito que pensaban conocerle, me le describieron de cierta manera; pero otras personas no menos honradas y seguras de haberle visto, me le pintaron de otra.

De todos modos ese bandido sólo fué el jefe de un grupo poco numeroso que se lanzó al campo de la rebelión aquí, acosado por el hambre. Esas gentes tan sólo se batieron para vaciar silos y saquear convoyes. Parecen no haber obrado por odio ó fana-

tismo religioso, sino por hambre. Como nuestro sistema de colonización consiste en arruinar al árabe, en despojarle sin tregua, en perseguirle sin piedad, y en hacerle reventar de miseria, es probable que estallen otras insurrecciones.

Otra causa quizá de aquella campaña fué la presencia de los campesinos españoles en las altas mesetas. En aquel océano de esparto, en aquella triste extensión verdosa, inmóvil bajo el cielo abrasador, vivía una verdadera nación, hordas de hombres atezados, aventureros á quienes la miseria ú otras razones habían arrojado de su patria. Más salvajes y temidos que los árabes, aislados, lejos de toda ciudad, de toda ley, de toda fuerza, hicieron, á lo que se dice, lo que sus antepasados al descubrir nuevas tierras; fueron violentos, sanguinarios, terribles para con los indígenas.

La venganza de los árabes fué espantosa.

He aquí en algunas líneas, el origen aparente de la insurrección.

Dos santones predicaban abiertamente la guerra en una tribu del Sur. El teniente Weinbrenner se envió allí con el encargo de apoderarse del caid de aquella tribu. El oficial francés llevaba una escolta de *cuatro* hombres. Todos perecieron asesinados.

Encargaron al coronel Innocenti de vengar aquellas muertes, y le enviaron para reforzar su destacamento el agha de Saida.

Por el camino el guía del jefe de Saida encontró á los Trafis que también iban al encuentro del coronel Innocenti. Hubo rivalidad entre las dos tribus y los Trafis, haciendo defección se pusieron á las órdenes de Bu-Amema. Entonces fué cuando ocurrió el caso de Chellala que ha sido contado cien veces. Después de ver saqueado su convoy, el coronel Innocenti á quien acusó ligeramente la opinión pública, volvió á marchas forzadas hacia el Kreider, á fin de rehacer su columna y dejó el camino libre á su adversario, el cual aprovechó el descuido.

Mencionaremos un hecho curioso. El mismo día los telegramas oficiales señalaban la presencia de Bu-Amema en dos puntos que distaban uno de otro ciento cincuenta kilómetros. Este jefe, aprovechando la entera libertad que se le dejaba, pasó á doce kilómetros de Geryville, mató por el camino al cabo Bringeard, enviado á la cabeza de algunos hombres en pleno país rebelde para establecer comunicaciones telegráficas, y luego tomó la vuelta del norte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.
MONTERREY, MEXICO

Entonces atravesó el territorio de los hassassenas y de los harrars, á quienes dió probablemente las órdenes para el asesinato general de los españoles, que se ejecutó poco después.

Luego llegó á Ain-Ketifa y dos días más tarde, acampaba en Haci-Tirsine, á veintidos kilómetros de Saida.

La autoridad militar se conmovió al cabo y el 10 de Julio por la noche avisó á la compañía franco-argelina para que diera la orden de que regresaran todos sus agentes porque era de temer una catástrofe.

Los trenes circularon toda la noche hasta el extremo límite de la línea, pero en algunas horas no era posible recoger todos los grupos diseminados en un espacio de ciento cincuenta kilómetros, y el 11, al amanecer, empezó la matanza.

La realizaron las dos tribus de hassassenas y harrars, exasperadas contra los españoles que vivían en sus territorios.

Sin embargo, á pretexto de no incitarlos á la rebelión, se ha dejado tranquilas á esas tribus que degollaron cerca de trescientas personas entre hombres, mujeres y niños. Jinetes árabes cargados de despojos y con vestidos de mujeres españolas bajo

las sillas de sus caballos, se dice que fueron puestos en libertad por falta de pruebas.

El 10 por la noche Bu-Amema acampaba en Haci-Tirsine, á veintidós kilómetros de Saida. A la misma hora, el general Cerez telegrafiaba al gobernador que el jefe rebelde intentaba volver hacia el sur.

Los días siguientes el atrevido caudillo saqueó las aldeas de Tafraua y de Kralfallah, cargando de botín todos sus camellos y llevándose por valor de muchos millones en víveres y mercancías.

Volvió de nuevo hacia Haci-Tirsine para reorganizar sus tropas y luego dividió su convoy en dos mitades, una de las cuales se dirigió hacia Ain-Ketifa. Allí fué detenido y saqueado por la columna Brunetiere dirigida por el guía de Sharraui.

La otra sección mandada por Bu-Amema en persona que estaba colocada entre la columna del general Detrie acampada en El-Maya y la columna Mallaret, apostada cerca del Kreider, en Ksar-el-Krelifa. Había que pasar entre las dos, lo cual no era fácil. Bu-Amema destacó entonces un grupo de jinetes hacia el campamento del general Detrie, que le persiguió con toda su columna hasta Ain-Sfisifa, mucho más allá de *chott*, convencido de que el ma-

rabut estaba delante de él. La astucia le salió á pedir de boca, puesto que, al día siguiente, el jefe insurrecto ocupaba el campamento del general. Era el 14 de Junio.

Por su parte el coronel Mallaret, en vez de guardar el paso del Kreider, había acampado en Ksar-el-Krelifa, cuatro kilómetros más allá.

Bu-Amema envió en seguida un numeroso destacamento de jinetes que desfiló ante el coronel, que se contentó con disparar los seis cañonazos legendarios. Durante este tiempo, el convoy de camellos cargados, pasaba tranquilamente el *chott* por el Kreider, único punto por donde el paso fuera fácil. Desde allí el marabut fué sin duda á poner á buen recaudo sus provisiones entre los mograr, gentes de su tribu, que estaban á cuatrocientos kilómetros, al sur de Geriville.

¿Cómo se saben, pueden preguntarse, hechos tan précisos? Todo el mundo los da. Todo el mundo lo sabe. Es natural que unos rechacen un detalle y otros otro. No puedo afirmar nada, y me he contentado con recoger los hechos que me parecieron más verosímiles. Me parece que sería imposible obtener en Argelia un detalle cierto acerca de lo que ocurre á tres kilómetros. Por lo que hace á las noticias militares, no había que fiar en ellas entonces, pues parecían redactadas por un bromista. El mismo día Bu-Amema estaba, según los jefes del cuerpo, en seis puntos distintos. Una colección completa de los telegramas oficiales unida á la de las agencias, constituiría un conjunto muy curioso. Algunos de los telegramas demasiado estrafalarios, fueron detenidos en la estación telegráfica de Argel.

Una caricatura muy ingeniosa, hecha por un colono, me ha parecido pintar muy bien la situación. Representaba un general viejo, rechoncho, cubierto de entorchados, bigotudo, mirando al desierto. Examinaba con expresión perpleja la extensión inmensa, desnuda y ondulada, cuyos límites no se advertían, y murmuraba: «¡Están allí... en un punto ú otro!» Luego, dirigiéndose á su ayudante, decía con voz firme: «Telegrafíe usted al gobierno, que el enemigo está enfrente de mis fuerzas y que salgo en su persecución.»

Los únicos detalles algo ciertos que era posible adquirir, provenían de los españoles que escaparon de las garras de Bu-Amema.

Pude hablar con uno de ellos por medio de un intérprete y he aquí lo que me contó:

Se llamaba Blas Rojo Pérez. El día 10 de junio

conducía junto con otros compañeros, un convoy de siete carretas, cuando encontraron en el camino otros carros destrozados, y junto á ellos á los carreteros asesinados. Uno de ellos vivía aún. Trataron de curarle; pero un grupo de árabes se lanzó sobre ellos. Los españoles no tenían más que un fusil y se rindieron. Todos fueron asesinados, menos Blas Rojo, á quien perdonaron quizá por su juventud y buen aspecto; pues sabido es que los árabes no se muestran indiferentes á la belleza de los hombres. Le llevaron al campamento donde halló otros prisioneros.

A media noche mataron uno de ellos sin motivo alguno. Era un pobre diablo que habitualmente se dedicaba á apretar los frenos de las carretas, llamado Domingo.

El día siguiente 11, Blas supo que otros prisioneros habían sido asesinados por la noche. Era el día de la gran matanza. No marcharon los árabes, algunos de los cuales por la noche, trajo dos mujeres y un niño.

El 12 se levantó el campamento y se caminó todo el día.

El 13 por la noche, acamparon en Dayat-Kereb.

El 14 caminaban en dirección de Ksar-Krelifa.

Aquel día hubo el encuentro Mallaret. El prisionero no oyó los cañonazos, lo cual hace suponer que Bu-Amema hizo desfilar sólo una parte de sus jinetes por delante del cuerpo expedicionario francés, mientras el convoy con el botín, pasaba el *chott* algunos kilómetros más lejos, al abrigo de toda sorpresa.

Durante ocho días se marchó en distintas direcciones. Una vez llegados á Tis-Moulins algunos jefes disidentes se separaron, llevándose cada cual á sus prisioneros.

Bu-Amema se mostró humano con estos, sobre todo con las mujeres, á quienes hacía dormir en una tienda separada y bien custodiada.

Una de ellas, hermosa joven de dieciocho años, se casó por el camino con un jefe trafi que la amenazaba de muerte si se resistía. Pero el marabut no quiso consagrar su unión.

Blas Rojo fué destinado al servicio de Bu-Amema, á quien, sin embargo, no vió. Unicamente vió á su hijo que dirigía las operaciones militares. Parecía tener unos treinta años. Era un muchacho delgado, moreno, pálido, de ojos rasgados y barba corta, tenía dos caballos alazanes, uno de ellos francés que parecía haber pertenecido al comandante Jacquet.

El prisionero no asistió al combate del Kreider. Blas Rojo se escapó cerca de Bas-Yala, pero como no conocía bien el país, se vió obligado á seguir las ramblas y después de tres días y tres noches de marcha, llegó á Marhum. Bu-Amema acaudillaba quinientos jinetes y trescientos infantes, además de una recua de camellos destinados á llevar el botín.

Durante quince días después de los asesinatos, los trenes circularon de día y de noche por la línea de los *chotts*.

A cada instante se recogían desdichados españoles mutilados y lindas muchachas desnudas, violadas y ensangrentadas. Todos los habitantes de la comarca decían que con un poco de cuidado la autoridad militar hubiera podido evitar tamaños desafueros. En todo caso pudo aplastar á aquel puñado de rebeldes.

¿Cuáles son las causas de aquella impotencia de nuestras armas perfeccionadas contra los trabucos y espingardas de los árabes? Otros las indicarán si alcanzan á descubrirlas.

De todos modos, los árabes tienen sobre nosotros una ventaja contra la cual nos esforzamos en vano por luchar. Son hijos del país. Como se alimentan con algunos higos y un poco de pan y se muestran

infatigables bajo ese clima que aniquila á los hombres del Norte, montados en caballos sobrios como ellos mismos, é insensibles al calor, recorren en un día ciento ó ciento treinta kilómetros. Como no llevan bagajes ni víveres ni impedimenta de ninguna especie se mueven con rapidez sorprendente, pasan entre dos columnas acampadas para atacar y saquear una aldea que se cree segura, desaparecen sin dejar huellas, y luego vuelven bruscamente cuando se les supone muy lejos.

En una guerra europea, por muy rápida que sea la marcha de un ejército, no puede ignorarla el enemigo. La masa de los bagajes retarda fatalmente los movimientos é indica siempre el camino. Una partida árabe, por el contrario, no deja más señal de su paso que una bandada de pájaros. Aquellos jinetes errantes van y vienen en torno nuestro con la celeridad y los zig-zag de las golondrinas.

Cuando atacan es fácil vencerlos y casi siempre se les derrota á pesar de su valor. Pero no se les puede perseguir. No hay maneras de alcanzarles cuando huyen. Así es que evitan los encuentros, y se contentan en general con molestar á nuestras tropas. Cargan con facilidad al galope furioso de sus flacos caballos y llegan como una tempestad de ropajes blancos y de polvo.

Descargan mientras galopan sus espingardas adamascadas, y luego, describiendo una curva brusca, se alejan como llegaron, á escape, dejando en el suelo, tras ellos, de trecho en trecho un montón de trapos blancos que se agitan, caído allí como un pájaro herido que tuviera empapadas en sangre sus albas plumas.

PROVINCIA DE ARGEL

CAPILLA ALFONSINA

Provincia de Argel

Los argelinos, los verdaderos habitantes de Argel, no conocen de su país más que la llanura de Mitidja, viven sosegados en una de las ciudades más bonitas del mundo, declarando que el árabe es ingobernable, únicamente bueno para ser asesinado ó ser lanzado al desierto.

No han visto otros árabes que los perdidos del sur que pululan por las calles. En los cafés se habla de Laghuat, de Bu-Saada, de Saida, como si estas comarcas estuvieran en el fin del mundo. Es raro que un oficial conozca las tres provincias. Casi siempre permanece en el mismo sitio hasta que vuelve á Francia.

Justo es añadir que es muy difícil viajar desde

que uno se aparta de los caminos conocidos del sur. Nadie lo puede hacer sin el apoyo y la venia de las autoridades militares. Los comandantes de las avanzadas se consideran como verdaderos monarcas omnipotentes, y todo aquel que se atreviera á internarse solo, se expondría á que los árabes le detuvieran inmediatamente y le presentaran bajo escolta al oficial más cercano, quien á su vez le haría llevar entre dos sphais á territorio civil.

Pero desde que se tiene una recomendación, cualquiera, se encuentra buena acogida por parte de los oficiales de las oficinas árabes. Como viven lejos de toda vecindad y aislados, acogen al viajero de un modo encantador. Como viven solos, han leído mucho, son instruídos y hablan con amenidad, y viviendo en aquel amplio país desolado de horizontes infinitos, saben pensar como los obreros solitarios. Teniendo los prejuicios que tienen la mayoría de los franceses contra esas oficinas, tuve que reformar mi manera de ver después de conocerlas.

Gracias á muchos de estos oficiales pude hacer una larga excursión lejos de los caminos conocidos andando de tribu en tribu. Principiaba el Ramadan. La gente de la colonia mostrábase inquieta temiendo una insurrección general al acabar la cuaresma islamita.

El Ramadan dura treinta días. Durante aquel período ningún siervo de Mahoma no debe comer, beber ni fumar desde que sale el sol hasta que no se puede distinguir *un hilo blanco de un hilo colorado*. Esta prescripción no se sigue al pie de la letra y se ve brillar más de un cigarrillo desde que el astro de fuego se oculta en el horizonte antes que los ojos hayan dejado de distinguir el color de un hilo.

Fuera de tal precipitación no hay árabe que infrinja la severa ley del ayuno, de la abstinencia absoluta. Los hombres, las mujeres, los muchachos desde que tienen quince años, las muchachas desde que son núbiles, es decir, entre once y trece años, permanecen todo el día sin comer ni beber. No comer, poco importa, pero no beber es horrible en un país tan caluroso. No hay dispensas para tal cuaresma. No hay quien se atreva siquiera á pedirlas, y hasta las mujeres públicas, las uladnail, que pululan en todos los centros árabes, y en los grandes oasis, ayunan como los marabuts ó más que ellos. Hasta los árabes que se creía civilizados, los que en tiempo ordinario se muestran dispuestos á aceptar nuestras costumbres, á aceptar nuestras ideas, á secundar nuestra acción, de pron-

to, desde que empieza el Ramadan, se vuelven salvajamente fanáticos y estúpidamente fervorosos.

Fácil es comprender cuán furiosa exaltación produce en aquellos cerebros ruines y testarudos tan dura práctica religiosa. Durante todo el día esos desgraciados meditan con el estómago vacío mirando pasar á los rumis conquistadores que comen, beben y fuman delante de ellos. Y piensan que si matan uno de esos rumis durante el Ramadan, irán derechos al cielo é imaginan que la época de nuestra dominación toca á su fin, pues sus marabuts les prometen de continuo que nos echarán al mar á estacazo limpio.

Durante el Ramadan funcionan los *aissauas*, comedores de escorpiones y de culebras, saltimbanquis religiosos, los únicos quizá que, con algunos descreídos y algunos nobles, no tienen una fe muy arraigada.

Tales excepciones son infinitamente raras; sólo puedo citar una sola.

En el instante de emprender una marcha de veinte días hacia el sur, un oficial del puesto de Boghar, pidió á los tres sphais que le acompañaban que no observaran el Ramadan, pensando que nada podría obtener de aquellos hombres extenuados

por el ayuno. Dos de los soldados rehusaron, y el tercero contestó: «No observo el Ramadan, mi teniente, no soy un marabut, sino un noble.»

Era, en efecto, hijo *de tienda grande*, descendiente de una de las más antiguas é ilustres familias del desierto.

Subsiste una costumbre extraña que data de la ocupación y que parece profundamente grotesca si se tiene en cuenta los terribles resultados que puede tener para nosotros el Ramadan. Como al principio se pensó en atraer á los vencidos, y como para ello el mejor medio es conservarles sus prácticas religiosas, se decidió que los cañones franceses darían la señal del ayuno durante la época de la abstinencia. Así, pues, cada mañana desde que apunta la aurora, un cañonazo anuncia el ayuno, y al anochecer, unos veinte minutos después de haberse puesto el sol, otro cañonazo que resuena en todas las plazas fuertes, fortines y ciudades hace encender millares de cigarrillos, beber millares de vasos de agua y preparar en toda Argelia millares de platos de alcuzcuz.

Pude asistir en la gran mezquita de Argel á la ceremonia religiosa con que se inaugura el Ramadan.

El edificio es sencillo, tiene las paredes blanqueadas y el piso cubierto de tupidas alfombras. Los árabes entran con paso rápido, descalzos, llevando el calzado en la mano. Se colocan en filas regulares apartadas unas de otras y más rectas que las filas de los soldados cuando hacen el ejercicio. Dejan el calzado en el suelo frente á ellos y permanecen inmóviles como estatuas con el rostro vuelto hacia una capillita que indica la dirección de la Meca. En esta capilla oficia el mufti. Su voz fatigada, suave, temblorosa y muy monótona modula una especie de canto triste que no se olvida jamás habiéndolo oído una vez. La entonación cambia á menudo, y entonces, todos los asistentes, con movimiento rítmico, silencioso y precipitado, tocan con la frente al suelo y permanecen prosternados algunos segundos y se levantan sin que se haya oído ningún ruido, sin que se haya velado ni por un instante el rezo tembloroso del mufti. Y sin cesar, toda la concurrencia se inclina y se yergue con una prontitud, un silencio y una regularidad fantásticas.

No se oye allí el ruido de las sillas, ni las toses y cuchicheos de los templos católicos. Se comprende que una fe salvaje se cierne sobre aquellas gentes, las encorva y las levanta como maniquíes; es una

fe muda y tiránica que invade los cuerpos, inmoviliza los rostros y oprime los corazones. Un indefinible sentimiento de respeto mezclado de piedad se apodera de uno viendo aquellos fanáticos amojamados que no echan barriga para poder prosternarse mejor, y que cumplen la religión con la formalidad y la rectitud de los soldados prusianos maniobrando.

Las paredes son blancas, las alfombras rojas; los hombres van vestidos de blanco, rojo ó azul y hasta de otros colores, según el gusto de sus trajes de ceremonia; pero todos están majestuosamente envueltos y tienen altivo continente. La luz que cae de los ventanales ilumina suavemente su cabeza y sus hombros.

Una familia de marabuts ocupa un estrado y canta los versículos con igual entonación que el mufti. Y aquello continúa durante largo rato.

Durante las noches del Ramadan hay que visitar la kasbah. Bajo esta denominación de kasbah que significa ciudadela, se designa ahora toda la ciudad árabe. Como se ayuna y se duerme durante el día, se come y vive de noche. Entonces aquellas callejuelas empinadas como senderos de montaña, de piso desigual, estrechas como galerías abiertas por

los animales, verdaderos vericuetos que se cruzan y entrecruzan y tan profundamente misteriosas que á su pesar habla uno en voz baja, están llenos de una multitud que recuerda las *Mil y una noches*. Tal es la impresión exacta que se experimenta. Parece que viaja uno por el país que nos ha descrito la sultana Scheherazada. He aquí las puertas bajas, recias como paredes de cárcel con admirables herrojes. Aquí están las mujeres veladas; allí, en lo profundo del patio que se ve por la entreabierta puerta, los rostros tapados, y allí se oyen los ruidos vagos de esas casas cerradas como cofres que guardan preciosidades. En los umbrales se ven á veces hombres tendidos que comen y beben. Alguna vez sus grupos ocupan todo el estrecho paso. Hay que pasar por encima de pantorrillas desnudas, rozar manos y buscar sitio donde poner el pie entre aquellos montones de ropa blanca tirada al suelo, de la que salen cabezas y miembros.

Los judíos dejan abiertos los cuchitriles que les sirven de tiendas, y las mancebías clandestinas llenas de rumores son tan numerosas, que no se anda cinco minutos sin encontrar dos ó tres.

En los cafés árabes hay filas de hombres amontonados unos contra otros acurrucados en los bancos que corren á lo largo de las paredes ó sencillamente sentados en el suelo, que beben café en pequeñísimas copas. Están inmóviles y mudos teniendo en la mano la taza que llevan de vez en cuando á la boca con movimiento pausado y pueden coger veinte, según están de amontonados, en un espacio donde no cabrían diez europeos.

Fanáticos de expresión sosegada van y vienen entre aquellos pacíficos bebedores predicando la rebelión, anunciando el fin de la esclavitud. Dicen que es en el ksar, (aldea árabe) de Bukhrari donde se notan siempre los primeros síntomas de las grandes insurrecciones. Este poblacho se encuentra en la carretera de Laghuat. Vamos allá.

Cuando se mira el Atlas desde la llanura de Mitidja se ve un corte gigantesco que hiende la montaña en dirección al sur. Parece que un hachazo lo haya producido. Se llama la garganta de Chiffa. Por allí pasan los caminos de Medeah, Bukhrari y Delaghuat. Se entra en la hendidura de la montaña: se sigue el riachuelo de Chiffa, y se penetra en la garganta estrecha salvaje y arbolada.

Por todas partes hay fuentes. Los árboles escalan los muros cortados á pico, se agarran por todas partes, parecen subir al asalto.

El paso se estrecha más aun. Los peñascos erguidos os amenazan; el cielo parece como una faja azul entre las cimas, luego, en un brusco recodo, se ve una posada que se levanta en el nacimiento de una torrentera cubierta de árboles. Es la hostería del *Arroyo de los Monos*.

Delante de la puerta canta el agua en los algibes. Surge, sube, cae, llena aquel rincón de frescura y recuerda los tranquilos valles suizos.

Descansa y se adormece uno á su sombra; pero de pronto, sobre la cabeza se mueve una rama. Si uno se levanta, entonces, en la espesura, se nota una fuga precipitada de monos, saltos, cabriolas, caídas y gritos.

Los hay enormes y pequeños; á centenares y á millares quizá. El bosque está lleno de ellos, poblado, pululante.

Algunos cogidos por los dueños de la hostería son acariciadores y mansos. Uno jovencillo cogido la semana última todavía se muestra algo salvaje. Tan pronto como uno se está quieto, se acercan, le acechan, le observan. Diríase que los viajeros son la mayor distracción de los habitantes de aquel valle.

Algunos días, sin embargo, no se ve uno solo.

Más allá de la posada del *Arroyo de los Monos* el camino se estrecha otra vez, y de pronto, á la izquierda, dos grandes cascadas se precipitan casi desde lo alto del monte. Dos cascadas claras, dos cintas de plata. ¡Si supiérais cuán agradable es ver cascadas en tierra africana! Se sube, se sube durante mucho rato. La garganta es menos profunda, menos poblada de árboles. Se sube más aun; la arboleda desaparece poco á poco. Sólo se ven campos; cuando se llega á la cima se encuentran encinas, sauces, olmos, los árboles de nuestros países. Se duerme en Medeah, ciudad pequeña y blanca parecida á una subprefectura de Francia.

Más allá de Medeah empiezan de nuevo los feroces estragos del sol. Se atraviesa sin embargo un bosque, pero es un bosque raquítico, claro, que deja ver á trechos la piel requemada de la tierra pronto vencida. Luego ya no se ve nada vivo en torno nuestro.

A la izquierda hay un valle árido y rojizo sin una brizna de hierba, se extiende á lo lejos parecido á una hoya de arena. De pronto una gran sombra la atraviesa lentamente. Pasa de un extremo á otro, mancha moviente que se desliza por el desnudo suelo. Aquella sombra, es la verdadera, la

única habitante de aquel lugar sombrío y muerto. Parece reinar allí como un genio misterioso y funesto.

Levanto la vista y veo que con las alas extendidas inmóviles, vuela el gran destrozador de carroñas, el buitre flaco que se cierne sobre sus dominios bajo el otro dueño del vasto país que asesina, el sol, el duro sol.

Cuando se baja hacia Bukhrari se descubre hasta donde alcanza la vista el interminable valle de Chelif. Allí se ve en toda su asquerosidad la miseria, la amarilla miseria de la tierra. Aparece astroso como un viejo mendigo árabe aquel valle hendido por el lecho sucio del río sin agua, bebido hasta el fango por el fuego del cielo. Esta vez, el fuego que reemplaza al aire y llena el horizonte, todo lo ha vencido, todo lo ha devorado, todo pulverizó, todo calcinó.

Algo parece tocar vuestra frente; en otra parte sería viento, aquí es fuego. Algo flota á lo lejos sobre las crestas peñascosas; en otra parte sería bruma, aquí es fuego, ó mejor dicho, calor visible. Si el suelo no estuviera ya calcinado hasta los huesos, aquella extraña neblina recordaría el humo que se escapa de la carne viva al contacto del hierro can-

dente. El valle entero tiene un color extraño, deslumbrador, y sin embargo, como apagado; el color de la arena ardiente, al cual parece mezclarse un matiz violado que brota del cielo en fusión.

No hay insectos entre aquel polvo. Unicamente se ven algunas hormigas grandes. Las mil bestezuelas que se ven en nuestros países no podrían vivir en esta fragua. En algunos dias tórridos, hasta las moscas mueren como sucede cuando aprietan los fríos. Apenas si las gallinas pueden vivir; los pobres animalitos andan con el pico abierto y las alas caídas de un modo triste y cómico á la par.

Desde hace tres años las últimas fuentes que aun manaban, se secan. El sol reina como dueño absoluto y parece orgulloso de su inmensa victoria.

Sin embargo, he aquí algunos árboles, árboles raquíticos. Es Bogar, una aldehuela colocada en la cima de una montaña polvorienta.

A la izquierda, en un repliegue peñascoso coronando un montículo y apenas distinto del suelo, del que ha tomado el color monótono, hay un gran pueblo; es el ksar de Bukhrari.

Al pie de cono de polvo que soporta este gran pueblo árabe, hay algunas casas ocultas entre los repliegues del terreno. Forman un ayuntamiento mixto.

El ksar de Bukhrari es una de las mayores poblaciones árabes de Argelia. Está en la frontera del sur un poco más allá del Tell, en la zona de transición entre los países europeizados y el gran desierto. Su situación le da gran importancia política, y viene á ser algo así como el lazo de unión entre los árabes del litoral y los del Sahara. Viene á ser como el pulso de las insurrecciones. De allí parten los avisos y hasta allí llegan. Las tribus más lejanas envían emisarios para saber lo que ocurre en Bukhrari. Desde todos los puntos de Argelia se fijan en los acontecimientos de ese pueblo.

Sólo la administración francesa no se ocupa de lo que se trama en Bukhrari. Ha hecho de él un ayuntamiento á semejanza de los que existen en Francia, administrado por un alcalde, que es un viejo labriego de mirada soñolienta que tiene como adjunto un guarda foral. Entra y sale quien quiere; los árabes que llegan de cualquier lugar circulan, hablan, intrigan, sin que nadie les moleste.

Al pie del ksar, á dos ó trescientos metros, hay el ayuntamiento mixto gobernado por el administrador civil que dispone de plenos poderes sobre un territorio desierto que no vale la pena de vigilar. No puede mermar las atribuciones de su vecino el alcalde.

Enfrente, en la montaña, se alza Boghar, donde habita el comandante superior del puesto militar. Tiene poderes para hacer y deshacer, pero no puede inmiscuirse en los asuntos del ksar porque es un AYUNTAMIENTO AUTÓNOMO. Y como el ksar está habitado únicamente por árabes, resulta que se respeta el punto peligroso y se vigila aquello que es inofensivo. Se ataca el mal en sus manifestaciones, no en su origen.

¿Qué sucede? El comandante y el administrador, cuando están en buenas relaciones, organizan una especie de policía secreta á espaldas del alcalde y procuran enterarse de lo que ocurre.

¿No es raro ver que en este centro árabe que todo el mundo cree peligroso se goza de mayor libertad que en una ciudad de Francia, en tanto que un francés, si no cuenta con protecciones no puede penetrar ni circular por los terrenos militares de los puestos avanzados del sur?

En las afueras de Bukhrari hay una hostería. Allí pasé la noche, una noche calurosa. La atmósfera parecía quemada por la llama del último día. Estaba inmóvil, como cuajado por el calor. Me levanté con el alba. Salió el sol encarnizado en su tarea incendiaria. Delante de mi ventana abierta y desde la

que se veía un horizonte ya tórrido y silencioso, esperaba una diligencia desenganchada. Un rótulo negro sobre fondo amarillo decía: «Correo del Sur.» ¡Correo del sur! ¿De modo que se iba aún más hacia el sur en aquel terrible mes de Agosto? ¡El sur! ¡qué palabra más rápida y ardiente! ¡El sur! ¡el fuego! En el norte, hablando de los países templados decimos: «el Mediodía». Aquí se dice: «el sur.»

Miraba esta sílaba tan corta y me sorprendía como si jamás la hubiera leído. Parecíame descubrir su sentido misterioso, pues las palabras más conocidas como los rostros más á menudo mirados tienen á veces significados secretos que un día se advierten de pronto sin saber por qué. ¡El sur! el desierto, los nómadas, las tierras inexploradas, los negros, todo un mundo nuevo, algo así como un universo que empieza. ¡El sur! Cuán enérgico es esto en la frontera del Sahara.

Por la tarde fuí á visitar el ksar.

Bukhrari es la primera aldea en que se encuentran Ulad-Ovail. Queda uno estupefacto al ver á aquellas cortesanas del desierto. Las calles concurridas están llenas de árabes tendidos delante de las puertas en cuclillas, hablando en voz baja ó durmiendo. Por todas partes sus ropajes flotantes y

blancos parecen aumentar la blancura de las casas. Nada de manchas; todo es blanco; y de pronto, de pie en el umbral de una puerta, aparece una mujer con un peinado y unos adornos que parecen de origen asirio, ceñida la cabeza por una enorme diadema de oro.

Lleva largo vestido de un rojo vivísimo. Los brazos y los jarretes ostentan brazaletes de oro bruñido, y su rostro de rectas líneas está tatuado de estrellitas azules. Luego aparecen más, muchas más, con el mismo peinado monumental: una montaña cuadrada que deja caer á cada lado una gruesa trenza que llega hasta el lóbulo de la oreja, y luego se pierde de nuevo hacia la nuca en la masa opaca de los cabellos. Llevan siempre diademas, algunas de ellas muy ricas. El pecho desaparece bajo los collares, medallas y pesados dijes; dos gruesas cadenitas de plata dejan caer hasta el bajo vientre un gran candado del mismo metal preciosamente calado, y cuya llave pende del extremo de otra cadenita.

Algunas de estas muchachas llevan brazaletes muy delgados. Son las principiantes. Las otras, las veteranas, llevan á veces diez ó quince mil francos de joyas. He visto una cuyo collar estaba formado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERREY, MEXICO

por ocho hilos de monedas de veinte francos. Así guardan su fortuna, sus economías laboriosamente ganadas. Las argollas de los jarretes son de plata maciza y de un gran peso. En efecto, apenas tienen dos ó trescientos francos en plata, los hacen fundir por los plateros mozabitas que se los devuelven en forma de esos anillos cincelados, ó de esos candados simbólicos, ó de esas cadenas, ó de esos anchos brazaletes. Las diademas que coronan su cabeza están obtenidas de igual modo. Su peinado monumental, que es una complicación indecible de trenzas enredadas unas con otras exige, todo un día de trabajo y una indecible cantidad de aceite. Por eso no se hacen peinar más que una vez al mes y tienen gran cuidado en sus amorosos juegos en no comprometer aquel alto y ornamental edificio de pelo que echa un olor apestoso.

Por la noche hay que verlas cuando bailan en el café moro.

La aldea está silenciosa. Formas blancas yacen tendidas á lo largo de las casas. El cielo ardiente está tachonado de estrellas, de esas estrellas africanas que brillan con claridad vivísima, con una claridad de diamantes de fuego, palpitante, viviente, aguda.

De pronto, al volver una calle, oís un ruido, una música salvaje y precipitada, un estruendo de tambores dominado por el clamor agrio, continuo, ensordecedor y feroz de una flauta que toca de un modo infatigable un mocetón de piel de ébano que es dueño del establecimiento.

Delante de la puerta hay un montón de albornoces, de árabes que miran sin entrar y que forman una luz moviente bajo la claridad que llega del interior.

Dentro, hay filas de seres inmóviles y blancos sentados en bancos á lo largo de las blancas paredes bajo el techo que casi toca las cabezas. Y en el suelo, en cuclillas, con sus oropeles centelleantes, sus joyas deslumbradoras, sus caras tatuadas, sus altos peinados y sus diademas que recuerdan los bajos relieves egipcios, esperan las Ulad-Nail.

Entramos. Nadie se mueve. Entonces, para sentarnos, y según costumbre, se coge á los árabes, se les empuja, se les echa de sus bancos, y ellos impasibles se van. Sus compañeros se estrechan para hacer sitio.

En el fondo, en un estrado, los cuatro tamborileros con actitud estática golpean frenéticamente el parche de sus instrumentos, y el dueño, el negrazo,

se pasea con paso majestuoso soplando con furia en la flauta rabioso, sin tregua, sin desfallecer un segundo.

Entonces, dos Ulad-Nail, se levantan, se colocan en las extremidades del espacio libre y empiezan á bailar. Su baile es una marcha suave ritmada por taconazos que hacen resonar las anillas de las piernas. A cada golpe el cuerpo entero se dobla como con una especie de cojera metódica; y las manos altas y extendidas á la altura de la frente, se vuelven con suavidad á cada salto con un estremecimiento rápido de los dedos. El rostro vuelto de medio lado, rígido, impasible, permanece asombrosamente inmóvil. Es un rostro de esfinge y la mirada oblicua sigue las ondulaciones de la mano como fascinada por aquel movimiento suave que corta sin cesar la brusca convulsión de los dedos.

Adelantan así una hacia otra. Cuando se encuentran, sus manos se tocan; parecen estremecerse; echan atrás los cuerpos y dejan arrastrar un amplio velo de blondas que les cae del peinado al suelo. Se rozan echadas hacia atrás como extasiadas ejecutando un lindo movimiento de palomas enamoradas. El velo se mueve como un ala. Luego, irguiéndose de pronto, otra vez impasibles, se separan, y

ambas continúan hasta la línea de los espectadores su paso que resbala lento y desigual.

No todas son lindas, pero todas son singularmente raras. No hay nada que pueda dar idea de los árabes acurrucados junto á ellas ni del paso sosegado de esas cortesanas cubiertas de oro y de ropas de colores chillones.

Algunas veces cambian los ademanes de su baile.

Aquellas prostitutas eran antes todas de una misma tribu, de la de los Ulad-Nail. Así recogían su dote y volvían luego á su tribu para casarse después de hacer fortuna. No se las despreciaba en lo más mínimo, pues aquello era costumbre admitida. Hoy aun cuando las jóvenes de los Ulad-Nail vayan á hacer fortuna por tal medio, todas las demás tribus proporcionan cortesanas á las poblaciones árabes.

El propietario del café donde se exhiben y se ofrecen es siempre un negro. Apenas ve entrar un extranjero, el apañado industrial se aplica en la frente una moneda de cinco francos que se le mantiene pegada á la piel no se sabe cómo. Y anda por su establecimiento tocando de un modo feroz su flauta salvaje, enseñando con obstinación la moneda que

ostenta para invitar al visitante á ofrecerle otra igual.

Las Ulad-Nail, nobles dan muestra de toda la generosidad y delicadeza que implica su origen en sus relaciones con los que las visitan. Basta admirar un segundo la tupida alfombra que sirve de cama, para que el criado de la noble prostituta lleve á su amante de un momento el objeto que ha llamado su atención.

Tienen, como las rameras de Francia, protectores que viven á costa de ellas. A veces, por la mañana, se encuentra á una de esas infelices en el fondo de un barranco con la garganta abierta de una cuchillada, despojada de todas sus joyas. El hombre á quien amaba ha desaparecido para siempre.

El cuarto donde reciben es una estrecha salita con paredes de tapia. En los oasis el techo está formado simplemente por cañas superpuestas unas á otras, entre las que viven ejércitos de escorpiones. La cama se compone de alfombras superpuestas.

Los ricos, árabes ó franceses, que quieren pasar una noche de lujosa orgía, alquilan hasta la aurora el baño moro con todos sus criados. Beben y comen allí, modificando el uso de los divanes de descanso.

Este asunto de costumbres me lleva á hablar de otro bien difícil. Nuestras ideas, nuestras costumbres, nuestros instintos difieren tan radicalmente de los que alientan en estos países, que apenas se atreve uno á hablar de un vicio que es aquí tan frecuente, que los europeos ni siquiera se escandalizan. Se ríe uno de ello en vez de indignarse. Es una materia muy delicada, pero de la que se ha de hablar si se quiere hacer comprender la vida árabe y el carácter especial de ese pueblo.

A cada paso topa uno aquí con esos amores antinaturales entre seres del mismo sexo, que recomendaba Sócrates, el *amigo* de Alcibiades.

A menudo, en la historia se hallan ejemplos de esa rara y sucia pasión á la que se entregaba César, que los romanos y los griegos practicaron constantemente, que Enrique III puso en moda en Francia, y que se atribuyó á muchos grandes hombres. Pero estos ejemplos sólo son excepciones, tanto más notadas cuanto que son más raras. En Africa este amor anormal ha entrado tan profundamente en las costumbres, que los árabes parecen considerarle tan natural como el otro.

¿De qué proviene tal desviación del instinto? De muchas causas sin duda. La más aparente es la es-

casez de mujeres, secuestradas por los ricos, que poseen cuatro esposas legítimas y tantas concubinas como pueden mantener. Quizá también contribuya á ello el ardor del clima, que exaspera los deseos sexuales y que ha embotado en esos hombres la delicadeza y la pulcritud moral que á nosotros nos preservan de contactos repugnantes.

Quizá también dimana de una especie de tradición de las costumbres de Sodoma, y es algo así como una herencia viciosa recibida por ese pueblo nómada, inculto, casi incapaz de civilización, y que no ha variado desde los tiempos bíblicos.

¿Me atreveré á citar algunos ejemplos recientes y bien característicos del poder de esa pasión en el árabe?

El Hammam tenía entre los criados de los baños un negrito de Argelia. Después de haber vivido algún tiempo en París, este muchacho volvió á Africa. Una mañana se encontró asesinados á dos reclutas de un cuartel. La indagatoria demostró que el asesino no era otro que el antiguo empleado del Hammam, que había muerto á sus dos amantes. Habiéndose establecido relaciones íntimas entre estos dos hombres y sabiéndolo el muchacho, sintió celos de los dos y les degolló.

Tales hechos son muy frecuentes. He aquí otro drama:

Un joven noble árabe era conocido de toda la comarca por sus costumbres amorosas, que hacían á las Ulad-Nail una desleal competencia.

Sus hermanos le reprocharon muchas veces, no sus malas costumbres, sino su venalidad. Como no cambiaba de proceder, le otorgaron un plazo de ocho días para renunciar á su comercio. No hizo caso de la advertencia.

El noveno día por la mañana le encontraron estrangulado, con el cuerpo desnudo y la cabeza tapada, en el cementerio árabe. Cuando le descubrieron el rostro vieron que tenía una moneda violentamente incrustada de un taconazo en la piel de la frente, y sobre la moneda una piedrecilla negra.

Al lado del drama la comedia.

Un oficial de spahis buscaba en vano un asistente. Todos los soldados que empleaba iban mal vestidos, sucios, descuidados.

Una mañana se presentó un jinete árabe muy guapo, inteligente y de aspecto fino. El teniente quiso probar si serviría. Era un verdadero hallazgo, un muchacho activo, limpio, callado, cuidadoso y diestro. Todo fué bien durante los ocho pri-

meros días. El noveno por la mañana, cuando el teniente volvía de su paseo cotidiano, vió delante de su puerta un viejo spahis que le limpiaba las botas. En el vestíbulo se encontró á otro spahis que barría.

En su cuarto, otro hacía la cama, y otro cantaba en el establo, mientras que el verdadero ordenanza, el joven Mohammed fumaba tranquilamente cigarrillos tendido en una alfombra.

El teniente, estupefacto, llamó á uno de aquellos inesperados asistentes y le dijo indicándole á sus camaradas:

—¿Qué haceis aquí?

El árabe se explicó en seguida.

—El teniente indígena es quien nos ha enviado, mi teniente. (Cada oficial francés tiene á sus órdenes un oficial indígena.)

—¡Ah! ¿es el teniente indígena? ¿Y para qué?

El añadió:

—Mi teniente, hace poco que nos ha dicho: «Id á casa del teniente y haced todo el trabajo de Mohammed. Este no debe hacer nada porque es la mujer del teniente.»

Aquella delicada atención costó dos meses de calabozo al teniente indígena.

Lo que prueba hasta qué punto este vicio ha entrado en las costumbres de los árabes, es que todo prisionero que cae en sus garras es utilizado en seguida para sus placeres. Si son muchos, el infortunado puede morir á consecuencia de aquel suplicio de voluptuosidad.

Cuando los tribunales entienden en un asesinato, resulta muchas veces que el asesino ha violado á su víctima después de muerto.

Hay otros hechos también muy corrientes, pero tan innobles, que no puedo relatarlos aquí.

Al bajar un día al anochecer de Bukhrari vi á tres Ulad-Nail, dos con vestidos rojos y otro azul que estaban en pie y entre una multitud de hombres sentados á la usanza oriental ó tendidos. Parecían divinidades salvajes dominando á un pueblo prosternado.

Todos tenían los ojos fijos en el fuerte de Boghar á lo lejos en la gran cuesta de enfrente, sobre la vertiente del valle polvoriento. Permanecían todos inmóviles, atentos, como si esperaran algún acontecimiento asombroso; todos tenían entre los dedos un cigarrillo que acababan de hacer.

De súbito, una humareda blanca brotó de la fortaleza, y en seguida penetraron en la boca los ciga-

rrillos mientras un ruido lejano hacía estremecer ligeramente el suelo. Era el cañón francés que anunciaba á los vencidos el término de la abstinencia cuotidiana.

EL ZAR'EZ

EL ZAR'EZ

Desayunándome una mañana en la fortaleza de Boghar, en la habitación del capitán de la oficina árabe, uno de los oficiales más discretos é inteligentes que hay en el sur, al decir de personas competentes, cuando hablaron de una expedición que iban á realizar dos jóvenes tenientes.

Tratábase de dar un largo rodeo por los territorios de Boghar, Djelfa y Bu-Saada para determinar los puntos donde debían establecerse depósitos de agua. Temíase una insurrección general al terminar el Ramadan, y se quería preparar la marcha de una columna expedicionaria á través de las tribus que pueblan aquella parte del país.

No hay todavía ni un mapa de aquella comarca,

Sólo se puede uno servir de los elementales planos topográficos levantados por los escasos oficiales que pasan de vez en cuando, y de las indicaciones aproximadas de manantiales y pozos, de las notas garrapateadas rápidamente, y de los rápidos dibujos hechos á simple vista, sin instrumentos de ninguna clase.

Pedí en seguida la autorización para unirme á los expedicionarios. Se me dió de buen grado. Marchamos á los dos días. Eran las tres de la mañana cuando un spahi vino á despertarme llamando á la puerta de la miserable hostería de Bukhrari.

Al abrir se me presentó el soldado con su guerrera roja bordada de negro, sus bombachos que terminaban en la rodilla allí donde empiezan las polainas de cuero carmesí de los jinetes del desierto.

Era un árabe de mediana estatura.

Tenía la aguileña nariz hendida de un sablazo y la huella dejaba al descubierto el tabique nasal por el lado izquierdo.

Se llamaba Bu-Abdallah. Me dijo:

—Señor, tienes ensillado el caballo.

Yo le pregunté:

—¿Ha llegado el teniente?

Me contestó:

—Ahora vendrá.

Pronto se oyó un ruido lejano en el valle obscuro y pelado, luego aparecieron y pasaron sombras y siluetas. Distinguí únicamente los tres cuerpos raros que andaban lentamente de tres camellos que llevaban las provisiones, las tiendas de campaña y algunos objetos que creíamos indispensables para atravesar un desierto apenas conocido de los mismos oficiales.

Luego, siempre en la dirección del fuerte Boghar, oyóse el galope rápido de un grupo de jinetes, y los dos tenientes que iban de expedición, aparecieron con su escolta compuesta de otro sphai y de un jinete árabe llamado Dellis, hombre de «tienda grande» de una ilustre familia indígena.

Monté rápidamente á caballo y marchamos. La noche era todavía absoluta, tranquila y casi podría decirse que inmóvil. Después de remontar un rato hacia el norte, siguiendo el valle del Chelif, tomamos á la derecha por un vallecito cuando amanecía.

En aquel país no hay crepúsculos. Nunca se ven aquellas hermosas nubes purpúreas que parecen arrastrarse sangrientas ó inflamadas por nuestros

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERREY, MEXICO

horizontes del Norte cuando el sol nace ó se pone. Aquí se ve una luz vaga que aumenta, se extiende, invade todo el espacio en unos instantes. Luego, de pronto, en la cresta de un monte, ó en el borde de una llanura infinita, surge el sol tal como va á subir al espacio, sin tener aquel aspecto rojizo, como adormecido aún, que adquiere en nuestros países brumosos.

Lo más singular de aquellas auroras del desierto, es el silencio que por doquier reina.

¿Quién no recuerda aquel primer grito que los pájaros lanzan antes de nacer el día, cuando apunta el alba; aquel otro grito que contesta desde el árbol vecino; aquella incesante algarabía de píos y silbidos; aquella charla de notas vivas y el canto lejano y continuo de los gallos; todo aquel rumor del despertar de los animales; todo aquel alegre vocerío que brota del ramaje?

Aquí, nada de esto. El sol enorme se levanta sobre el suelo que devastó y parece mirarlo ya como dueño, quizá para ver si existe aun algo que viva. No se oye ni un grito de un animal, exceptuando á veces el relincho de un caballo; ni un movimiento de vida, á menos que se acampe cerca de un pozo, pues entonces se ve el desfile largo, lento y mudo de los rebaños que van á abrevar.

El calor es sofocante en seguida. Por encima de la capucha de franela y del casco blanco, se pone el inmenso *medol*, sombrero de paja de inmensas alas. Seguimos lentamente el valle. Tan lejos como alcanza la vista, todo aparece desnudo, de un gris amarillento, ardiente y soberbio. A veces, en las hondonadas donde había un poco de agua, en el cauce reseco de los ríos, algunos juncos verdes formaban una mancha cruda y pequeña; á veces, en un repliegue de la montaña, dos ó tres árboles señalaban un manantial. Aun no estábamos en la comarca sediente que pronto habíamos de atravesar.

Se subía sin descanso. Otros vallecitos desembocaban en el nuestro, y á medida que llegaba el mediodía, los horizontes se borraban algo invadidos por una ligera bruma de calor, por una humareda de tierra asada que anegaba las lejanías en tonos apenas azules, apenas sonrosados, apenas blancos, pero que, sin embargo, tenían algo de esos matices y que parecían de una suavidad, de un encanto infinito, lejos del brillo cegador del terreno inmediato.

Llegamos á la cresta de la montaña, y el caid El-Akhedar-ben-Yahia en cuyos dominios íbamos á acampar, salió á recibirnos seguido de algunos ji-

netes. Es un árabe de ilustre abolengo, hijo del caudillo Yahia-ben-Aissa, llamado el «Jefe de la pata de palo.»

Nos condujo al campamento preparado junto á un manantial, bajo cuatro árboles gigantescos cuyas raíces bañaba sin cesar el agua, única vegetación que se advertía en el horizonte de cimas roqueñas y áridas que se extendían hasta perderse de vista en torno de nosotros.

Nos sirvieron en seguida el almuerzo en el que no podía tomar parte el caid á consecuencia del Ramadán. Pero para velar por nosotros, y á fin de que nada nos faltase, se había sentado en frente de nosotros al lado de su hermano El-Haues-ben-Yahia, caid de los Ulad-Alane-Berchieh. Entonces vi que se acercaba un niño de unos doce años, algo flaco, pero graciosamente altivo, á quien viera pocos días antes entre las Ulad-Naïl, en el café moro de Bukhrari.

Ya me habían admirado la riqueza y la deslumbradora blancura de la ropa de aquel árabe, su continente noble, y el respeto que todos parecían demostrarle. Y como me asombrara que le dejasen correrla de aquel modo á su edad entre cortesanas, me contestaron: «Es el hijo menor del Jefe; viene aquí para conocer la vida y las mujeres.»

¡Cuán raro nos parece esto á los franceses!

El niño me reconoció y acercóseme gravemente tendiéndome la mano. Luego, como su edad no le obligaba al ayuno, se sentó con nosotros, y con sus dedos afilados empezó á comer el carnero asado. Creí comprender que sus hermanos mayores, los dos caids, bromeaban con él acerca de su viaje al ksar y le preguntaban de donde provenía aquella corbata que llevaba al cuello y si era un regalo de mujer.

Aquel día la sombra de los árboles nos permitió echar la siesta. Me desperté al anochecer y subí á un otero cercano para mirar la comarca.

El sol, próximo á desaparecer, se teñía de rojo en su cielo anaranjado. Por todas partes, del norte al sur, del este al oeste, las cordilleras de montañas que se erguían hasta donde alcanzaba la vista, eran de color de rosa, de un color de rosa extraño, como las plumas de los flamencos. Dijérase que era una apoteosis de ópera de sorprendente é inverosímil color, algo ficticio, forzado y centra naturaleza, pero admirable sin embargo.

Al día siguiente volvíamos á bajar á la llanura, después de atravesar la montaña, una llanura infinita que nos costó tres días de marcha, bien que

desde el principio viéramos la cadena de Djebel-Gada que la cerraba enfrente de nosotros.

Tan pronto se veía una gran extensión de arena, tan pronto polvo finísimo, ó un océano de matas de esparto crecidas al azar en el suelo y que obligaban á nuestros caballos á volver de continuo á derecha é izquierda.

Las llanuras de Africa son sorprendentes. Parecen desnudas y llanas como un pavimento, y por lo contrario están onduladas como un mar después de la tempestad, que desde lejos parece tranquilo porque su superficie es lisa, pero que, sin embargo, conmueven amplias ondulaciones. Las pendientes de esas olas de arena son insensibles; nunca se pierde de vista las montañas del horizonte, pero en la ondulación paralela, á dos kilómetros de distancia, puede ocultarse un ejército entero, sin que nadie sospeche su existencia.

Esto es lo que hizo tan difícil la persecución de Bu-Amema en las altas mesetas del sur oranés.

Cada mañana se emprende la marcha apenas alborea á través de aquellas interminables y tristes extensiones, y cada tarde se ven llegar algunos jinetes envueltos en blancos albornoces que os conducen hacia una tienda remendada, bajo la cual hay

extendidas muchas alfombras. Se come todos los días lo mismo, se habla poco, se duerme ó se medita.

¡Si supiérais cuán lejos se está del mundo, de la vida, lejos de todo, bajo esa tiendecita que deja ver por sus agujeros las estrellas y por los bordes levantados el inmenso país de árida arena!

Esta tierra es siempre monótona, igual, calcinada y muerta, y allí, sin embargo, nada se desea, ni á nada se aspira. Aquel panorama tranquilo, desolado, centelleante de luz, basta á la mirada, basta al pensamiento, satisface á los sentidos y á la imaginación, porque es completo *absoluto*, y porque no puede concebirse de otro modo. Las escasas manchas de vegetación aparecen como algo falso, chocante y duro.

Y cada día, á la misma hora, se ve el mismo espectáculo: el calor comiéndose un mundo; y tan pronto como el sol se pone, se levanta la luna á su vez sobre la soledad infinita. Pero cada día, poco á poco, el desierto silencioso os invade, penetra el pensamiento como la cruda luz calcina vuestra piel, y se quisiera convertir uno en nómada, al modo de esos hombres que cambian de tierra sin cambiar jamás de patria, entre esos interminables espacios que siempre son casi iguales.

El oficial que va de expedición envía diariamente á uno de sus jinetes á avisar al caid donde comerá y dormirá al día siguiente, á fin de que este pueda preparar el alimento de hombres y cabalgaduras. Esta costumbre que equivale á las boletas de alojamiento en Francia, resulta muy onerosa por la manera como se practica.

Quien dice árabe, dice ladrón sin excepción. He aquí cómo se las arreglan en tales casos. El caid se dirige á un jefe subalterno, y reclama esas raciones.

Para eximirse de tal impuesto y tanta molestia, el jefe subalterno paga. El caid se mete el dinero en el bolsillo, y se dirige á otro jefe, que á menudo paga también metálico. Por fin uno de los jefes aprontа los alimentos.

Si el caid tiene un enemigo, este es el que primero paga por todos y por su parte el jefe procede con sus súbditos de la misma manera que el caid para con él.

He aquí cómo un impuesto que debería costar de veinte á treinta francos á cada tribu, le cuesta de cuatrocientos á quinientos invariablemente.

Por ahora es imposible variar tal sistema, por una infinidad de razones harto largas de explicar aquí.

Apenas se acerca la expedición al campamento se ve desde lejos un grupo de jinetes que viene á vuestro encuentro. Uno de ellos se destaca de los demás. Van al paso ó al trote. Luego, de pronto, se lanzan al galope, á un galope desenfrenado, que nuestras cabalgaduras del Norte no soportarían durante dos minutos. Es el galope de los caballos de carrera, que parece el paso de un tren exprés. Pero el árabe permanece erguido en la silla dejando flotar su ropaje blanco, y con una sola sacudida detiene el caballo que se estremece entre sus piernas. Luego desmonta de un salto y se adelanta respetuosamente hacia el oficial á quien besa la mano.

Sean cuales fueren la posición, el origen, el poder y la fortuna del árabe, casi siempre besa la mano de los oficiales que encuentra. Luego el caid monta de nuevo, y guía á los viajeros hacia la tienda que les ha hecho preparar. Se cree generalmente que las tiendas árabes son blancas y deslumbran al sol.

Son por lo contrario de un color pardo sucio rayado de amarillo. Su tegido muy espeso, de pelo de carnero y de cabra, parece grosero. La tienda es muy baja, pues apenas puede uno estar de pie, y muy extensa. Unas estacas las sostienen de un modo irregular y tiene los bordes levantados á fin de que pueda circular el aire libremente por debajo,

A pesar de tal precaución el calor es abrumador durante el día en aquellas viviendas de tela, pero las noches son deliciosas y se duerme maravillosamente sobre los gruesos y magníficos tapices de Djebel-Amur, por más que estén poblados de insectos.

Las alfombras constituyen el único lujo de los árabes ricos. Se las amontona unas sobre otras, se forman pilas y se las respeta como una preciosidad, pues todos se descalzan para andar sobre ellas como en las mezquitas.

Tan pronto como sus huéspedes están sentados, ó por mejor decir, sentados en el suelo, el caid manda traer café. Este café es exquisito. La receta no puede ser sin embargo más sencilla. Se desmenuza en vez de molerlo, se le mezcla una cantidad respetable de ámbar gris, y luego se hace hervir.

Nada tan curioso como la vajilla de un árabe. Cuando os recibe un rico caid, tiene la tienda adornada de tapices inapreciables, de admirables cojines y de alfombras maravillosas; y luego se ve llegar una vieja fuente de hoja de lata que contiene cuatro tazas rajadas, desportilladas, asquerosas, que parecen compradas en algún bazar de los bulevares exteriores de París. Las hay de todos tamaños y formas, de porcelana inglesa, de imitación del Japón, de loza común, de todo lo más feo y grosero que se fabrica en todas las partes del mundo.

El café lo traen en un tazón indecoroso ó en una escudilla de soldado, ó en una inconcebible cafetera de plomo, deformada, abollada, que parece enferma.

Es un pueblo extraño, infantil, primitivo como en el nacimiento de las razas. Pasa por la tierra sin adherirse á ella, sin instalarse. Por casas tiene telas extendidas sobre estacas, y no posee ninguno de los objetos sin los cuales la vida nos parecería imposible. No hay ni camas, ni sábanas, ni mesas, ni sillas, ni una sola de esas cosas indispensables que hacen cómoda la existencia. No hay muebles para encerrar nada, no hay industrias, ni artes, ni conocimientos de nada. Apenas sabe coser las pieles de macho cabrío para acarrear el agua, y emplea en toda circunstancia procedimientos tan primitivos, que se queda uno sorprendido al verlo.

Ni siquiera puede remendar la tienda que desgarra el viento, y abundan los agujeros en el tejido parduzco que la lluvia cala á su gusto. No parecen amar ni la tierra ni la vida esos jinetes vagabundos que depositan una sola piedra en el sitio donde

duermen sus muertos, una gran piedra cualquiera recogida en la montaña cercana. Sus cementerios parecen campos donde en otro tiempo se hubiese desplomado una casa europea.

Los negros tienen cabañas, los lapones agujeros, los esquimales barracas, hasta los más miserables salvajes tienen una vivienda abierta en el suelo, ó levantada sobre él. Aman á la madre tierra. Los árabes pasan siempre errantes, sin lazos que les detengan, sin ternura para esta tierra que nosotros poseemos, que hacemos fecunda, que amamos con las fibras de nuestro corazón humano; pasan al galope de sus caballos, inhábiles para todos nuestros trabajos, indiferentes á todo lo que nos preocupa, como si fueran de continuo á alguna parte á donde no llegarán jamás. Sus costumbres son rudimentarias. Nuestra civilización se desliza sobre ellos sin modificarles.

Beben en el agujero mismo de los odres, pero á los extranjeros se les presenta el agua en una colección de recipientes inverosímiles. Los hay de toda especie, desde la cacerola de hierro, hasta el lebrillo desfondado. Estoy seguro de que si en alguna razzia se apoderaran de uno de nuestros sombreros de copa lo conservarían para ofrecer agua

dentro de él al primer general que pasara por la tribu.

Su cocina se compone únicamente de cuatro ó cinco platos. El orden de estos platos no varía nunca.

Se presenta en primer término el carnero asado al aire libre. Un hombre lo trae entero en el extremo de una percha que ha servido de asador y el perfil de la res tendida en el aire recuerda las ejecuciones de la edad media. Se destaca al anochecer sobre un cielo rojo de una manera burlesca y siniestra sostenida por un hombre de aspecto severo y con ropaje blanco.

El carnero se deposita en una bandeja de esparto trenzado en el centro del círculo de los comensales sentados á la turca. No se usan tenedores; se parte con los dedos ó con un cuchillito indígena de mango de asta.

La piel dorada, barnizada por el fuego y durilla pasa por lo más delicado. Se arranca á grandes trozos y se come bebiendo agua siempre cenagosa ó leche de camella con la mitad de agua ó leche agria que ha fermentado en un odre de piel de macho cabrío del que toma el sabor almizclado. Los árabes llaman «leben» á esta bebida poco agradable.

Después del *principio* aparece tan pronto en una marmita como en una cazuela ó en una fuente una especie de pasta de fideos con caldo amarillento en que la pimienta se pelea con el pimentón entre un revoltijo de albaricoques secos y dátiles machacados.

No recomiendo esta sopa á la gente de paladar delicado.

Cuando el caid quiere obsequiaros, se sirve el «hamis»; este guiso es notable. Quizá gustará saber en qué consiste.

Se prepara, bien con pollo, bien con carne de carnero; después de cortarle en pedacitos se fríe con manteca.

Después se hace una ligera salsa echando sobre la carne un poco de agua caliente. Se añade pimentón en gran cantidad, pimiento dulce y pimienta, sal, cebollas, dátiles y albaricoques secos, y se cuece hasta que los dátiles y albaricoques se deshacen, y entonces se vierte esta salsa sobre la carne. Es exquisito.

La comida termina invariablemente con un plato de alcuzcuz que es el guiso nacional. Los árabes preparan el alcuzcuz formando bolitas de harina con los dedos. Se cuecen estos perdigones de un

modo particular y se les añade un caldo especial. No me entretengo en dar más recetas á fin de que no se me acuse de hablar solo de cocina.

A veces sirven unos dulces ojaldrados de miel que son muy buenos.

Cada vez que se acaba de beber, el caid dice: *¡Saa!* (¡A su salud!) Se le debe contestar: *¡Alah y Selmeck!* Lo que equivale á nuestro: «¡Dios le ayude!»

Estas fórmulas se repiten diez veces durante cada comida.

Cada tarde á las cuatro nos instalamos en una nueva tienda, tan pronto al pie de una montaña como en el centro de una llanura sin límites.

Pero como la noticia de nuestra llegada se ha esparcido ya por la tribu, vemos desde todos los puntos del horizonte unas manchitas blancas que se acercan. Son los árabes que vienen á contemplar al oficial y á exponerle sus quejas. Casi todos van á caballo; algunos á pie, muchos montan borriquillos. Van sobre la grupa tocando á la cola y sus pies desnudos arrastran por el suelo á ambos lados del animal.

Todos los oficiales expedicionarios ejercen de jueces con atribuciones omnímodas.

Los indígenas formulan quejas inverosímiles, pues no hay pueblo quisquilloso, pleitista, reñidor y vengativo como el pueblo árabe. En cuanto á saber la verdad y poder dar un fallo justo, no hay que pensar en ello. Cada una de las partes trae un número fantástico de testigos falsos que juran por las cenizas de sus padres y afirman bajo juramento los más descarados embustes.

He aquí algunos ejemplos:

Un cadi (la venalidad proverbial de estos magistrados es bien merecida) llama á un árabe y le dirige la siguiente proposición: «Me das veinticinco duros y me traes siete testigos que afirmen por escrito ante mí que X... te debe setenta y cinco duros. Yo haré que te los dé.»

El árabe trae los testigos que afirman lo que se quiere y lo firman después. Entonces el cadi llama á X y le dice:

«Me das cincuenta duros y me traes nueve testigos que declaren que B... (el primer árabe) te debe ciento veinticinco. Haré que te los dé.» X... trae los testigos.

Entonces el cadi llama al primer árabe y bajo la fe de los siete testigos hace que el segundo le dé setenta y cinco duros. Pero á su vez, el segundo

reclama y gracias á los nueve testigos el cadi le hace entregar ciento veinticinco duros por el primero.

La parte del magistrado es de setenta y cinco duros extirpados á sus dos víctimas.

El caso es auténtico.

Sin embargo, el árabe no se dirige casi nunca al juez de paz francés porque es difícil corromperle, mientras que el cadi hace lo que se desee por dinero.

Experimenta además por nuestros trámites engorrosos de justicia una invencible repugnancia. Le asusta todo procedimiento escrito, le inspira el papel un miedo supersticioso ya que allí se puede escribir el nombre de Dios ó trazar caracteres embrujados.

Al principio de la dominación francesa, cuando los musulmanes hallaban en su camino un trozo de papel cualquiera, lo llevaban piadosamente á sus labios ó lo escondían en el suelo ó en algún agujero de la pared ó de un árbol. Tal costumbre produjo tan frecuentes y desagradables sorpresas, que los mahometanos la olvidaron pronto.

Otro ejemplo de la mala fe árabe:

En una tribu vecina de Boghar se cometió un

asesinato. Se sospecha de un árabe pero no hay pruebas. Había en esta tribu un desdichado que hacía poco tiempo llegara de una tribu vecina y se había establecido allí para salvar intereses pecuniarios. Un testigo le acusa del crimen.

Otro testigo sigue al primero y otro después. Llegaron á ser noventa los que le acusaban. El extranjero fué condenado á muerte y ejecutado. Luego se supo que era inocente. Los árabes habían querido sencillamente deshacerse de un hombre que les molestaba, é impedir que uno de su tribu se viese *comprometido*.

Los procesos duran años y años sin que se pueda ver ni por casualidad nada en claro. Los testigos falsos abundan. Entonces se recurre á un medio muy sencillo. Se mete en la cárcel á las dos familias que pleitean juntamente con los testigos. Después se les suelta al cabo de algunos meses, y entonces permanecen tranquilos durante un año. Luego vuelven á las andadas.

Hay en la tribu de los Ulad-Alane, que hemos atravesado, un proceso que dura hace tres años sin que pueda averiguarse la verdad. Los dos litigantes van de cuando en cuando á la cárcel y reanudan luego el pleito.

Verdad es que se pasan la vida entera en robarse entre sí, engañarse y dispararse tiros. Pero procuran que los franceses no sepamos las querellas en que llega á correr la sangre.

Un hombre de alta estatura de la tribu de los Ulad-Mokhtar se presenta pidiendo entrar en el hospital francés. El oficial le interroga acerca de su enfermedad. Entonces el árabe entreabre el albornoz y vemos una llaga horrible, muy antigua ya y purulenta á la altura del hígado. Digimos al herido que se volviera y apareció otro orificio en la espalda, enfrente del primero, tan grande como la cabeza de un niño. Cuando se apoyaba el dedo salían fragmentos de hueso. Era evidente que aquel hombre había recibido un disparo y que la carga, entrando por debajo del pecho, había salido por la espalda rompiendo dos ó tres costillas. Pero él lo negó con energía y juró que era «obra de Dios.»

En aquel país seco las heridas no presentan jamás gravedad. Las fermentaciones, la podredumbre producida por los microbios no se conocen, pues esos animaluchos sólo viven en los climas húmedos. A menos de morir en seguida ó de que un órgano esencial haya sido tocado, las heridas se curan siempre.

Al día siguiente llegamos á casa del caid Abd-el-Kader-bel-Hut, un advenedizo. Su tribu, muy bien administrada, es menos turbulenta que las demás. Quizás en otra causa que en su buena administración estriba esta calma relativa. Como que el país no tiene manantiales más que en la vertiente sur del Djebel Gada, que no está habitada, el agua sólo la dan pozos comunes á toda la tribu. No puede haber, pues, pleitos por cuestiones de aguas que son la principal causa de las desavenencias y riñas en el Sur.

También allí se presentó un hombre solicitando ser admitido en el hospital francés. Cuando se le preguntó qué enfermedad padecía, enseñó las piernas. Estaban cubiertas de manchas azules, blandas, fofas como una fruta demasiado madura y con la carne de tal modo blanda que el dedo penetraba allí como en una pasta guardando mucho rato la huella que dejaba la presión.

El infeliz presentaba todas las señales de una sífilis espantosa. Al preguntarle cómo había adquirido aquella dolencia, alzó la mano y juró por la memoria de sus antepasados que era «obra de Dios.»

La verdad es que el dios de los árabes realiza obras harto singulares.

Una vez oídas todas las quejas y reclamaciones procuramos echar una siesta á pesar del horrible calor.

Luego anochece; se come. Una calma profunda reina sobre la tierra calcinada. Los perros de los aduares aullan á lo lejos y los chacales les contestan. Nos tendemos sobre las alfombras bajo un cielo tachonado de estrellas que parecen húmedas según lo que centellean; entonces hablamos durante largo rato. Todos los recuerdos acuden á la memoria con precisión y dulzura y parece que se relaten con facilidad en aquellas noches tibias y estrelladas.

En torno de la tienda del oficial, los árabes están tendidos en el suelo, y los caballos, atados á una estaca, permanecen en pie, trabados de las manos con un hombre á su lado que les vigila.

Aquellos caballos no deben echarse y han de permanecer siempre en pie porque la cabalgadura de un jefe no puede estar cansada. Tan pronto como tratan de echarse, un árabe se precipita y les obliga á levantarse.

La noche adelanta. Descansamos en alfombras de tupida lana y cada vez que nos despertamos, en la tierra desnuda que nos rodea vemos por doquiera

seres blancos tendidos y durmiendo como cadáveres amortajados.

Un día, después de una marcha de diez horas, entre una polvareda ardiente, cuando acabamos de llegar al campamento, cerca de un pozo de agua cenagosa y salobre que, sin embargo, nos parecía exquisita, el teniente me tocó cuando iba á descansar bajo la tienda, é indicándome el extremo horizonte sur, me dijo: «¿No ve usted nada allí?» Después de mirar contesté: «Sí, una nubecilla gris.»

Entonces el teniente sonrió: «Bueno, siéntese y continúe mirando esa nube». Sorprendido le pregunté por qué.

»Sino me engaño,—dijo mi compañero— paréceme que vamos á tener un huracán de arena.»

Eran cerca de las cuatro y el calor llegaba á 48 grados bajo la tienda. El aire parecía dormir bajo la oblicua é intolerable llama del sol. Ningún soplo, ningún ruido, exceptuando el de los caballos que comían y los vagos cuchicheos de los árabes que á unos cien pasos preparaban la comida.

Hubiérase dicho, sin embargo, que reinaba en torno de nosotros otro calor además del que nos enviaba el cielo, más concentrado y sofocante, como el que os oprime estando cerca de un gran

incendio. No eran aquellos soplos ardientes, bruscos y repetidos, aquellas caricias de fuego que anuncian y preceden al siroco, sino un recalentamiento misterioso de todos los átomos de cuanto existe.

Miraba yo la nube que crecía rápidamente, pero de igual manera que todas las nubes. Ahora tenía un color pardo sucio y parecía muy alta. Luego se desarrolló en anchura como nuestras tempestades del norte. No advertía yo en ella nada de particular.

Por fin barrió todo el sur. Su base era de un negro opaco, y la cima, de color de cobre, parecía transparente.

Un gran rebullicio que oí detrás de mí me hizo volver. Los árabes habían cerrado nuestra tienda y ponían sobre los bordes pesadas tierras. Todos corrían, llamaban, se agitaban, con aquel aspecto azorado que adquieren los campamentos en el momento de un ataque.

De pronto me pareció que anochecía, miré el sol. Estaba cubierto de un velo amarillo y parecía una mancha pálida y redonda que se borrara rápidamente.

Entonces vi un espectáculo sorprendente. Todo

el horizonte del sur había desaparecido y una masa nubosa que llegaba hasta el zénit se adelantaba hacia nosotros tragándose los objetos, disminuyendo á cada instante el campo visual, anegándolo todo. Instintivamente retrocedí hacia la tienda. Ya era tiempo. El huracán, como una pared amarilla é inmensa, nos alcanzaba. Aquella pared llegaba con la velocidad de un tren á toda máquina, y de pronto nos envolvió en un torbellino furioso de arena y de viento, en una tempestad de polvo impalpable, ardiente, cegador y sofocante.

Nuestra tienda, sujetada por piedras enormes, fué sacudida como una vela, pero resistió; la de los sphais, peor afianzada, palpitó algunos instantes como estremecida, y luego, de pronto, arrancada del suelo, voló y desapareció entre las tinieblas de polvo moviente que nos rodeaban.

A diez pasos no se veía nada á través de aquella obscuridad que se mascaba. Se respiraba arena, se comía arena, se bebía arena, los ojos se llenaban de ella, el pelo quedaba empolvado, se deslizaba por el cuello, por las mangas, hasta dentro de las botas.

Aquello continuó durante toda la noche. Una sed ardiente nos devoraba. Pero el agua, la leche, el ca-

fé, todo estaba lleno de arena que crujía entre los dientes. La carne asada estaba cubierta de ella, el alcuzcuz parecía hecho de cantos rodados; la harina del pan parecía piedra molida.

Un gran escorpión penetró en la tienda. Aquel tiempo, que gusta á esos bichos, les hace salir de sus agujeros. Los perros del aduar cercano no aullaron aquella noche.

Luego por la mañana todo había terminado; el gran tirano asesino del Africa, el sol, se elevó espléndido en un horizonte claro.

Marchamos algo tarde porque aquella inundación de arena había turbado nuestro sueño.

Ante nosotros se levantaba la cordillera de Djebel-Gada que había que atravesar. A la derecha había un desfiladero que seguimos una vez llegados á la montaña.

Encontramos de nuevo el esparto, el horrible esparto. De pronto creí descubrir las huellas medio borradas de un camino en el que habían dejado profundos surcos las ruedas. Me detuve sorprendido: ¿un camino allí? ¡qué extraño! Me explicaron lo que era.

Un antiguo caid de aquella tribu, entusiasmado por el ejemplo de los europeos que viven en Argel,

quiso permitirse el lujo de tener un coche en el desierto, pero para que ruede un coche es preciso que haya caminos, y aquel ingenioso potentado ocupó durante meses y meses á todos los árabes súbditos suyos en la construcción de una carretera. Aquellos desdichados, sin picos ni palas y trabajando á lo mejor con las manos, consiguieron sin embargo afirmar muchos kilómetros de camino. Aquello bastaba á su dueño, que daba unos paseos á través del Sahara en un carruaje rarísimo en compañía de bellezas indígenas que enviaba á buscar á Djelfa por su favorito, un árabe de dieciséis años.

Es preciso haber visto aquella tierra árida, desnuda, calcinada, y hay que conocer la impasible gravedad del árabe para comprender lo grotesco que resultaba aquel calavera de nariz de buitre, de aquel elegante del desierto, paseando rameras descalzas en una especie de carretón de madera sin pintar, de ruedas desiguales, arrastrado al trote por su miñón. Aquella elegancia del trópico, aquel calaverismo sahariano, aquel *chic* en plena Africa, me parecieron de un grotesco inolvidable.

Nuestra expedición era numerosa aquel día. Además del caid y de su hijo, íbamos acompañados de dos jinetes indígenas y de un viejo flaco de barba

puntiaguda, de nariz aguileña, de cara de rata, modales obsequiosos, corcovado y de falsa mirada. Era un antiguo caid destituído por concusionario. Debía servirnos de guía al día siguiente porque el camino que íbamos á seguir ni los mismos árabes lo frecuentaban.

Poco á poco llegábamos á la cima del desfiladero. Un pico escarpado impedía la vista; pero tan pronto como le hubimos dado vuelta, sentí la más violenta sorpresa que me reservaba aquel viaje.

Una amplia llanura se extendía ante nosotros y un lago, un lago inmenso que deslumbraba herido por el sol y del que no veía la otra margen, se explayaba ante mis ojos hacia el oeste.

¿Un lago en esta comarca, en pleno Sahara? ¿Un lago del que nadie me había hablado y del que ningún viajero me habló? ¿Estaría loco? Me volví hacia el teniente: «¿Qué lago es ese?» pregunté.

Se echó á reir y contestó:

—No es agua, es sal. Todos se engañarían, porque la ilusión es perfecta. Esta Sebkra, que aquí llaman Zar'ez (el Zar'ez-Chergui), tiene de cuarenta á cincuenta kilómetros de longitud por unos veinte ó cuarenta de ancho, según los sitios. Estas cifras son aproximadas, porque este país ha sido

muy poco reconocido, y casi siempre rápidamente como lo hacemos nosotros. Esos lagos de sal, (son dos, el otro está más hacia el oeste) dan su nombre á esta comarca que se llama el Zar'ez. Desde Bu-Saada la llanura se llama el Hodna, cuyo nombre proviene del lago salado de Msila.

Miraba yo estupefacto y maravillado la inmensa sábana de sal centelleando bajo el sol abrasador de estas tierras. Toda aquella superficie, plana y cristalizada, relucía como un inmenso espejo, como una placa de acero; y los ojos cegados no podían soportar el brillo de aquel lago raro aunque estuviera á unos veinte kilómetros, lo cual no me atrevía yo á creer, pues me parecía muy cercano.

Acabábamos de bajar de Djebel-Gada y nos acercábamos á un fortín abandonado llamado fortín de la Fuente (Bordj-el-Hammam) donde debíamos acampar, pues aquella etapa, era por excepción muy corta.

El fuerte almenado construído al comienzo de la conquista á fin de poder ocupar aquella comarca perdida en caso de insurrección y poder dejar allí en seguridad un destacamento, estaba muy deteriorado. Las murallas se conservan en buen estado y hay algunas habitaciones donde aun se puede vivir en paz.

Como los días precedentes, vimos desfilar árabes y más árabes hasta la noche que venían á exponer al oficial asuntos embrollados ó quejas imaginarias quizá con el solo objeto de hablar con el jefe francés.

Una loca, venida no sé de dónde, y viviendo no se sabe cómo en aquellas soledades, rondaba de continuo en torno de nosotros. Apenas salíamos, la encontrábamos acurrucada, casi desnuda y asquerosa.

Los viajeros han hablado mucho de lo que respetan los árabes á los locos. Puedo asegurar que á muchos de ellos les matan sus propios parientes. ¡Bonito respeto! Algunos caids nos lo confesaron. Algunos de esos miserables idiotas es verdad que llegan á santos gracias á su cretinismo. Estos ejemplos no son raros en Africa. La familia generalmente se desembaraza de los dementes. Como las tribus apenas están en contacto con nosotros, por la autoridad que sobre ellas ejercen los jefes superiores indígenas, no podemos sospechar siquiera tales desapariciones.

Como había andado poco durante el día, escribí parte de la noche. A las once, teniendo mucho calor, salí para tender una alfombra delante de la puer-

ta y dormir al sereno. La luna llena llenaba el espacio de una claridad reluciente que parecía barnizar cuanto tocaba. Las montañas que vistas á la luz del sol ya son amarillas, las arenas amarillas, el horizonte amarillo, parecían más amarillos aun acariciados por la luz azafranada del astro. A lo lejos, delante de mí, el Zar'ez, el vasto lago de sal cuajada, parecía incandescente. Hubiérase dicho que emanaba de él una fosforescencia fantástica y se cernía sobre él una bruma luminosa, algo sobrenatural, tan suave y cautivador, que permanecí más de una hora mirándolo, sin poder apartar de él la vista y el pensamiento, y sin resolverme á cerrar los ojos. En torno mío deslumbradores también á la luz de la luna, los albornoces de los árabes dormidos, parecían enormes copos de nieve que allí cayeran.

Marchamos al amanecer.

La llanura que conducía hacia la Sebkra, estaba levemente inclinada, sembrada de esparto raquítico y medio quemado. El viejo árabe de cara de rata, sirvió de guía y le seguimos con rápido paso. Cuanto más nos acercábamos, más parecía de agua aquel lago. ¿Cómo podía ser otra cosa que un lago gigantesco? Su anchura á nuestra izquierda, ocupaba todo el espacio que había entre las dos montañas, distantes entre sí treinta ó cuarenta kilómetros. Ibamos en derechura hacia su parte más angosta, pues debíamos atravesarlo.

Al otro lado del Zar'ez, distinguía una especie de colina, ó mejor de otero, amarillento, dorado, que parecía separar el lago de la montaña. A nuestra izquierda, aquella línea seguía hasta el horizonte el blanco perfil de la sal, y á la derecha, donde se extendía una llanura infinita y árida entre dos montañas, advertía yo hasta donde alcanzaba la vista, aquel mismo desnivel amarillento.

El teniente me dijo:

—Son las dunas.

Ese banco de arena tiene más de doscientos kilómetros de largo y una anchura variable. Mañana le atravesaremos.

El suelo tomaba un aspecto singular, y estaba cubierto de una capa de sal que los pies de los caballos desmenuzaban. Había algunas hierbas, juncos; sentíase que una sábana de agua se extendía á flor de tierra. Aquella llanura aprisionada entre montañas que se tragaba cuatro ríos, ramblas, por mejor decir, y que recibía los aguaceros del invierno, sería un inmenso pantano, si el terrible sol no desecara continuamente su superficie. A veces, en las hon-

donadas se veían charquinas de agua salobre, de cuyos bordes se escapaban volando rápidas becadas, describiendo las curvas raras que caracterizan su vuelo.

Luego, de pronto, llegamos al margen de la Sebkra; y empezamos á caminar sobre aquel océano desecado.

Todo era blanco ante nosotros, de un blanco vaporoso, nevado y centelleante. Pasando sobre aquella superficie cristalizada, cubierta de un polvo de sal parecido á nieve fina, que á veces se hundía bajo las pisadas de las cabalgaduras, como hielo blando, continuaba sintiéndose la ilusión de que se tenía ante los ojos una sábana de agua. Una sola cosa podía en rigor patentizar á un hombre experimentado que no se trataba de una extensión líquida: el horizonte. Por regla general, la línea que separa el agua del aire, casi siempre es sensible, porque aquélla es más obscura que éste. Algunas veces todo parece confundirse. El mar toma entonces un matiz azul claro, que se confunde con el azul pálido del infinito vacío. Pero basta mirar atentamente durante algunos instantes para ver la separación muy débil y poco aparente que sea. Allí nada de esto veíamos; el horizonte estaba cubierto por com-

pleto de una bruma blancuzca, de una especie de vapor lechoso de suavidad intraducible; y tan pronto se buscaba en el espacio el límite terrestre, como se creía verle dentro de la llanura salada, sobre la que flotaban aquellas neblinas singulares.

Mientras habíamos dominado el Zar'ez tuvimos claro concepto de distancias y formas; pero apenas estuvimos encima, desapareció toda certeza de visión y estábamos á merced de las fantasmagorías del espejismo.

Tan pronto se creía distinguir el horizonte á una distancia inmensa, como se creía ver en el lago que parecía poco antes tan liso y plano como un espejo, enormes rocas disformes, cañas desmesuradas, islas de escarpadas orillas. Luego, á medida que se avanzaba, aquellas raras visiones desaparecían bruscamente, como las de una comedia de magia, y en vez de los bloques de peñascos se veían algunas piedrecillas. Las cañas, al acercarse, se convertían en hierba seca, altas de cuatro dedos, pero desmesuradamente aumentadas por aquel curioso efecto de óptica; los acantilados de las islas se convertían en ligeros desniveles de la corteza salina, y aquel horizonte que se suponía á treinta kilómetros, estaba cerrado á menos de cien metros por los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

vapores temblorosos que el sol abrasador del desierto arrancaba de la capa ardiente de la sal.

Aquello duró una hora, poco más ó menos, y luego llegamos á la otra orilla.

Encontramos una llanura pequeña, cruzada por torrentes y cubierta de una capa de arcilla seca mezclada aún con la sal.

Subimos por una pendiente insensible y primero aparecieron hierbecillas, luego una especie de juncos, y después unas florecillas azules parecidas á la miosotis silvestre, que se abrían al extremo de tallos delgados como hilos, y tan olorosas, que su perfume embalsamaba la atmósfera. Aquel olor exquisito me produjo la impresión fresca de un baño. Se aspiraba á plenos pulmones, y el pecho parecía ensancharse para sorber aquel soplo delicioso.

Por fin se vió una fila de álamos, un verdadero bosque de cañas, otros árboles, y luego las tiendas que nos estaban destinadas, levantadas en el límite de las arenas, cuyas ondulaciones desiguales, de una altura de ocho ó diez metros, se encabellaban unas sobre otras como olas tempestuosas.

El calor era feroz y las tiendas inhabitables; así es que, apenas desmontados, nos fuimos en demanda de la sombra de los árboles. Me fué preciso atra-

vesar un espeso cañaveral. Yo marchaba en primer término, y de pronto me puse á bailar lanzando gritos de alegría. Acababa de ver cepas, albaricoqueros, higueras, granados cubiertos de frutos, unos jardines inmensos, en otro tiempo prósperos, hoy invadidos por las arenas, y que pertenecían al *agha* de Djelfa. No tendríamos que almorzar carne de carnero. ¡Qué dicha! ¡nada de alcuzcuz! ¡qué delirio! ¡uvas! ¡higos! ¡albaricoques! No estaba la fruta muy madura, pero á pesar de esto nos entregamos á una verdadera orgía que nos produjo algún malestar.

El agua dejaba algo que desear. Consistía en barro plagado de larvas. No bebimos. Nos tendimos entre las cañas y nos dormimos. Una sensación fría me despertó sobresaltado; una rana enorme acababa de arrojarme un chorro de agua á la cara. En aquella comarca hay que tener cuidado, y no es prudente dormir al abrigo de la vegetación, sobre todo cerca de los arenales, donde pulula la *lefaa*, llamada víbora *cerasta* ó víbora cornuda, cuya picadura es mortal y casi instantánea. A veces la agonía no dura ni una hora. Este reptil tiene una marcha muy lenta, y sólo es peligroso si se le pisa sin verle ó se duerme uno cerca de él. Cuando se le en-

cuentra en el camino, si se tiene habilidad y se toma alguna precaución, hasta se le puede coger con la mano haciéndolo con rapidez por el cuello.

No me entretuve en semejante cosa.

Aquella bestezuela terrible vive también entre el esparto y debajo de la hierba, donde quiera que halla un abrigo. Cuando uno se acuesta por primera vez en el suelo, le preocupa el tal reptil; luego, ni siquiera se acuerda uno. En cuanto á los escorpiones, se les desprecia. Hay tantos como arañas en Francia. Cuando veíamos alguno cerca del campamento, lo rodeábamos de un círculo de hierba seca á la que pegábamos fuego; el animal, enloquecido, sintiéndose perdido, levantaba la cola y llevándola á la cabeza se suicidaba picándose á sí mismo. Así por lo menos me lo han afirmado, pues yo siempre he visto que moría devorado por las llamas.

He aquí en qué ocasión vi por primera vez la víbora de que hablaba. Una tarde, al atravesar una inmensa llanura de esparto, mi caballo dió muchas veces vivas muestras de inquietud. Bajaba la cabeza, relinchaba, se detenía, parecía inspeccionar las matas. Confieso que soy mal jinete, y aquellas bruscas paradas, además de hacerme desconfiar de

mi equilibrio, me lanzaban bruscamente contra la perilla de mi silla árabe. Mi compañero el teniente reía á carcajadas. De pronto el caballo dió un bote y se puso á mirar en el suelo algo que yo no veía, rehusando obstinadamente dar un paso. Previendo una catástrofe preferí desmontar y busqué la causa de aquel espanto. Tenía delante de mí una pequeña mata de esparto. Pegué á todo azar un garrotazo, y de pronto, un reptil pequeño, huyó y desapareció en la mata cercana.

Era una lefaa.

La noche de aquel mismo día, en una llanura roqueña y desnuda mi caballo se asustó de nuevo. Salté al suelo persuadido de que hallaría otra lefaa; pero nada vi. Luego, removiendo una piedra, una araña grande, amarilla como la arena, singularmente veloz huyó y desapareció bajo otra piedra antes que pudiese alcanzarla. Uno de los spahis dijo que era un «escorpión del viento,» con lo cual quería sin duda expresar su velocidad. Creo que era una tarántula.

Otra noche, mientras dormía, algo helado me tocó el rostro. Me levanté despavorido de un salto, pero la arena, la tienda, todo estaba envuelto en sombras y sólo distinguía las manchas blancas de

los árabes tendidos á mi alrededor. Me había picado una lefaa que estuviese cerca de mi rostro. ¿Era un escorpión? ¿De qué provenía aquel frío contacto que sentí? Ansioso encendí la linterna, bajé la vista levantando el pie y dispuesto á aplastar, y vi un sapo monstruoso, uno de esos fantásticos sapos blancos que se hallan en el desierto, y que, con el vientre hinchado y las patas abiertas me miraba. El inmundo bicho me había encontrado sin duda en su camino habitual y vino á chocar contra mi cara. En venganza le obligué á fumar un cigarrillo, lo cual le costó la vida. He aquí cómo se procede. Se le abre á la fuerza la boca estrecha y se le introduce el cigarrillo en ella previamente encendido. El animal ahogándose sopla con todo su vigor para desembarazarse de aquel instrumento de suplicio, y luego quiera ó no, se ve obligado á aspirar. Entonces, sopla de nuevo, hinchado, espirante, grotesco; y tiene que fumar hasta el fin, á menos que se tenga lástima de él. Muere generalmente ahogado y gordo como un odre.

Como sport sahariano se hace asistir á menudo á los extranjeros á la lucha de una lefaa y un urán.

¿Quién no ha encontrado en el Mediodía esos pequeños lagartos con el rabo cortado que corren á

lo largo de las viejas paredes? Se pregunta uno al principio cuál es el misterio de aquella falta de rabos. Luego un día, leyendo á la sombra de un seto, vi que una culebra salía de una grieta y se lanzaba sobre la inocente y bonita bestezuela que tomaba el sol. Huyó el lagarto, pero más rápido el reptil cogióle por el rabo, por su largo rabo movible, y la mitad de este apéndice quedó entre los dientes puntiagudos del enemigo, mientras el animal mutilado se escondía en un agujero.

Pues bien, el urán, que es el cocodrilo de tierra de que habla Herodoto, una especie de gran lagarto de Sahara, venga su raza en la terrible lefaa.

El combate de estos animales es muy interesante. Generalmente ocurre en una caja vacía. Se deja allí al lagarto que corre con singular rapidez tratando de huir; pero cuando se vacía en la caja el saquito que contiene la víbora, se queda inmóvil. Unicamente mueve muy aprisa los ojos. Después da unos pasos rápidos como si resbalara para acercarse al enemigo, y espera. La lefaa, por su parte, se fija en el lagarto, comprende el peligro, y se prepara á la batalla; luego de un salto, se lanza sobre él, pero el lagarto ha huido, corriendo como una flecha y ataca á su vez, volviendo con velocidad sorprendente.

La lefaa se vuelve y alarga hacia él su boca abierta pronta á morder inoculando el mortal veneno. Pero el lagarto ha pasado rozando al reptil que le ve de nuevo ya lejos en el otro extremo de la caja.

Aquello dura un cuarto de hora, veinte minutos, á veces más. La lefaa exasperada se enfurece, se arrastra hacia el urán, que huye de continuo, más listo que la mirada, vuelve, da vuelta, se detiene, vuelve á huir, cansa y enloquece á su temible adversario. Después midiendo su empuje, se lanza sobre él con tanta rapidez, que únicamente se advierte las convulsiones de la víbora estrangulada por la fuerte mandíbula triangular del lagarto que la ha cogido por el cuello, detrás de los oídos, precisamente por el sitio que la cogen los árabes.

Viendo la lucha de aquellos animalitos en el fondo de una caja recuerda uno sin querer las corridas de toros de España en los majestuosos circos. Y sin embargo, sería más peligroso hostigar á aquellos ínfimos combatientes que afrontar la cólera bramadora del gran cornúpeto.

A menudo se encuentra en el Sahara una horrible culebra que á veces tiene más de un metro de largo, delgada como el dedo meñique. En las inmediaciones de Bu-Saada, aquel reptil inofensivo pro-

duce en los árabes un terror supersticioso. Pretenden que atraviesa como una bala los cuerpos más duros, y que no hay nada que detenga su empuje cuando ve un objeto brillante. Un árabe me contó que su hermano había sido atravesado por uno de esos reptiles, que con el choque hasta torció un estribo. Es evidente que aquel hombre recibió un balazo en el mismo instante que vió el reptil.

En las cercanías de Laghuat aquella serpiente no inspira terror alguno y la cogen los niños.

El pensar en aquellos temibles habitantes del desierto me impidió durante un rato dormir en el cañaveral de Raiana-Chergui. Todo roce que oía me hacía incorporar bruscamente.

Cerca del anochecer desperté á mis compañeros para pasearnos por las dunas y buscar alguna lefaa ó algún pez de arena.

El animal que se llama pez de arena y que los árabes llaman *dwb* (se pronuncia *dob)* es una especie de gran lagarto que vive en la arena, abre en ella su madriguera, y cuya carne es bastante buena á lo que se dice. Muchas veces hemos seguido sus huellas sin llegar á encontrar una. En la arena se halla también un insecto pequeño cuyas costumbres son muy curiosas. La hormiga león. Forma un em-

budo un poco más ancho que una moneda de cinco pesetas, hondo en proporción, y se instala en el fondo en emboscada. Apenas un animal cualquiera, araña, larva ó lo que fuere, resbala por el borde inclinado de su madriguera, le lanza sucesivas descargas de arena, lo aturde, lo ciega, le obliga á caer hasta el final de la pendiente. Entonces se apodera de él y lo devora.

La hormiga león nos proporcionó aquel día un rato agradable. La noche trajo consigo el carnero asado, el al-cuz-cuz y la leche agria. Al llegar la hora de la comida me acordaba muchas veces del Café Inglés.

Luego nos tendimos en las alfombras delante de las tiendas pues el calor no permitía dormir dentro de ellas. Teníamos dos vecinos raros, uno delante de nosotros, otro á nuestra espalda: la arena movida como un mar agitado y la sal lisa como otro mar tranquilo.

Al día siguiente atravesamos las dunas. Hubiérase dicho el océano convertido en polvo en mitad de un huracán; una tempestad silenciosa de olas enormes, inmóviles, de arena amarilla. Son altas como colinas, desiguales, diferentes, erguidas del todo como olas agitadas pero mayores aun y estriadas

como moaré. Sobre aquel mar furioso, mudo y sin movimiento el sol devorador del sur vierte su llama implacable y directa.

Hay que subir aquellas ondas de ceniza de oro, bajar al otro lado, subir otra vez, subir sin cesar, sin reposo, y sin sombra. Los caballos resuellan y se hunden hasta las rodillas, y resbalan bajando la opuesta vertiente de aquellas extrañas colinas.

No hablábamos, vencidos por el calor y sedientos como aquel desierto ardiente.

A veces, en aquellos valles de arena, queda uno sorprendido por un incomprensible fenómeno que los árabes consideran como señal cierta de muerte.

En algún punto, cerca de uno, en una dirección indeterminada, toca un tambor, el misterioso tambor de las dunas. Toca de un modo distinto, tan pronto vibrante como débil, y deteniendo y volviendo á empezar su redoble fantástico.

Parece que no se conoce la causa de aquel ruido sorprendente. Se atribuye por regla general al eco aumentado, multiplicado, desmesuradamente acrecido por las ondulaciones de las dunas de una lluvia de granos de arena arrastrados por el viento chocando contra matas de hierba seca, pues se ha notado siempre, que el fenómeno ocurre cerca de

los sitios donde hay plantas requemadas por el sol y duras como el pergamino.

Aquel tambor parece que no es otra cosa que el espejismo del sonido.

Apenas salimos de las dunas vimos tres jinetes que venían á galope hacia nosotros. Cuando llegaron á unos cien pasos, el que parecía jefe desmontó y se acercó cojeando algo. Era un hombre de unos sesenta años, bastante grueso (cosa rara en aquel país), de dura fisonomía árabe, de facciones acentuadas, casi feroces. Llevaba la cruz de la Legión de Honor. Le llamaban Si Cherif-ben-Vhabeizzi, caid de los Ulad-Dia. Nos hizo un largo discurso con expresión furiosa para invitarnos á entrar en su tienda y tomar un bocado.

Era la primera vez que penetraba en casa de un jefe nómada. Un montón de ricas alfombras de lana rizada cubría el suelo; otros tapices ocultaban la tela de la tienda, y otros en fin extendidos sobre nuestras cabezas formaban un espeso é impenetrable techo. Una especie de divanes ó mejor dicho de tronos, estaban también cubiertos de estofas admirables, y un tabique formado de tapices orientales, dividiendo la tienda en dos mitades, nos separaba de la parte habitada por las mujeres, de las cuales oíamos á veces el cuchicheo.

Nos sentamos. Los dos hijos del caid pusiéronse junto á su padre, quien, de vez en cuando, se levantaba para decir una palabra á las mujeres por encima del biombo; y una mano invisible pasaba una fuente humeante que el jefe nos presentaba en seguida.

Se oía jugar y chillar á unos niños junto á sus madres. ¿Quiénes eran aquellas mujeres? Sin duda nos miraban por invisibles aberturas, pero nosotros no pudimos verlas.

La mujer árabe en general es pequeña, blanca como la leche con una cara de corderito. Sólo tiene pudor por su rostro. Muchas veces se ve á las del pueblo yendo al trabajo con la cara tapada, pero con el cuerpo cubierto únicamente por dos trozos de lana que caen uno por delante y otro por detrás que dejan ver de perfil todo el cuerpo.

A los quince años esas desdichadas que serían lindas están ya deformadas y extenuadas por los rudos trabajos. Penan de la mañana á la noche y van á buscar agua á muchos kilómetros de distancia con el niño á la espalda. A los veinticinco años parecen viejas. Su rostro, que á veces enseñan está tatuado de estrellas azules en la frente, mejillas y barba. El cuerpo está depilado como medida de limpieza.

lla rápida vegetación. Entonces las mismas plantas toman el color del suelo; se rompen, se desmenuzan, se esparcen por el suelo como paja cortada en menudos fragmentos que ni siquiera se ve, pero los rebaños saben hallarla, y se alimentan con ella. Van buscando aquel polvo de hierba seca. Diríase que comen piedras.

¿Qué pensaría un colono normando viendo aquellos pastos singulares?

Luego atravesamos una región donde no había siquiera pájaros. No era posible encontrar pozos. Mirábamos pasar á lo lejos extrañas columnitas de polvo que parecen humaredas, tan pronto rectas como inclinadas ó retorcidas, que corren rápidamente al ras del suelo, de algunos metros de altas, anchas en la cima y delgadas en la base. Los remolinos del aire formando ventosas levantan y arrastran esas nubecillas transparentes y verdaderamente fantásticas que es lo único que da apariencia de vida á estos lugares lamentablemente desiertos.

Quinientos metros delante de nosotros, el jinete que nos servía de guía nos guiaba á través de la triste soledad. Durante diez minutos iba al paso, inmóvil en la silla, cantando en su lengua una canción monótona de extraño ritmo. Seguíamos el

paso de su caballo. Luego de repente partía al trote moviéndose apenas, flameándole el albornoz, con el cuerpo aplomado, de pie en los estribos. Le seguíamos hasta que se detenía para tomar un paso más mesurado.

Pregunté á mi compañero:

—¿Cómo puede guiarnos por estos espacios desolados sin puntos de mira?

Me contestó:

—Cuando no otra cosa, le indican el camino los huesos de camello.

En efecto, cada cuarto de hora, poco más ó menos, encontrábamos un esqueleto enorme roido por las fieras, calcinado por el sol, blanco, resaltando sobre la arena. A veces se veía un hueso de la pata, á veces una quijada, á veces varias vértebras.

—¿De dónde provienen estos restos?—pregunté.

Mi compañero me contestó:

—Las caravanas dejan por el camino las acémilas que no pueden seguir y los chacales no se lo llevan todo.

Durante muchas jornadas continuamos este viaje monótono detrás del mismo árabe, en el mismo orden, siempre á caballo, casi sin hablar.

Una tarde, poco antes de llegar á Bu-Saada, vi

muy lejos, delante de nosotros, una masa parda aumentada por el espejismo, y cuya forma me admiró. Al aproximarnos emprendieron el vuelo dos buitres.

Era una carroña aun sangrienta á pesar del calor que iba secando poco á poco la sangre podrida. Solamente quedaba el pecho y sin duda los voraces chacales se habían llevado los miembros.

—Tenemos viajeros delante de nosotros, dijo el teniente.

Algunas horas después entrábamos en una especie de torrentera ó desfiladero, fragua espantosa de peñascos dentellados como sierras, agudos, rabiosos y como rebelados contra aquel cielo implacablemente feroz. Otro cuerpo yacía allí. Un chacal que lo devoraba huyó. Luego, en el momento en que desembocábamos en una nueva llanura, una masa gris tendida ante nosotros se movió y lentamente en el extremo de un cuello desmesuradamente largo, vi levantarse la cabeza de un camello agonizante. Estaba allí derribado desde hacía dos ó tres días quizás, muriéndose de cansancio y de sed. Sus largos miembros inertes, rendidos, yacían sobre el suelo abrasador. Oyéndonos llegar había levantado su cabeza como un faro. Su frente, roída por el sol

inexorable, no era más que una llaga; manaba; y su mirada resignada nos siguió. No lanzó ni un gemido, no hizo ni un esfuerzo para levantarse. Hubiérase creído que sabía, habiendo visto morir así á muchos de sus hermanos en esos largos viajes á través de las soledades, la inclemencia de los hombres. Había llegado su vez. Pasamos.

Habiéndome vuelto un rato después, advertí aún erguido sobre la arena el alto cuello del animal abandonado, mirando hasta lo último hundirse en el horizonte los últimos seres vivos que debía ver.

Una hora más tarde vimos un perro acurrucado junto á una roca, con la boca abierta, los colmillos relucientes, incapaz de mover una pata, mirando á dos buitres, que cerca de él se espulgaban con el pico, esperando su muerte. Sentía tal terror al ver aquellas aves pacientes, ávidas de su carne, que no volvió siquiera la cabeza ni sintió las piedras que un spahi le lanzaba al pasar.

De pronto, á la salida de un desfiladero, vi delante de mí el oasis. Es una aparición inolvidable. Se acaba de atravesar llanuras interminables, de salvar montañas enhiestas, peladas, calcinadas, sin encontrar un árbol, una planta, una hoja verde, y he ahí delante de vosotros, á vuestros pies, una ma-

sa opaca de un verde obscuro, algo así como un lago de ramaje casi negro, tendido en la arena. Luego, detrás de aquella gran mancha, el desierto vuelve á empezar, alargándose hasta lo infinito, hasta el intangible horizonte donde se confunde con el cielo.

La ciudad baja en gradinata hasta los jardines.

¡Qué ciudades estas ciudades del Sahara! Una aglomeración, un amontonamiento de cubos de barro secados al sol. Todas aquellas cabañas cuadradas de barro endurecido, están pegadas unas á otras, de modo que dejan únicamente entre sus líneas caprichosas una especie de galerías estrechas, las calles, parecidas á esos senderos que abre el paso continuo de los rebaños.

La ciudad entera, por otra parte, esta pobre ciudad de tierra amasada, recuerda las construcciones de los animales, las habitaciones de los castores, los trabajos informes construidos sin útiles, con los medios que la naturaleza ha dejado á los seres de un orden inferior.

De trecho en trecho, una palmera magnífica se expande á veinte pies del suelo. Luego, de pronto, se entra en un bosque cuyas avenidas están encerradas entre dos altas paredes de arcilla. A derecha

é izquierda, numerosas palmeras abren sus anchos quitasoles abrigando con su sombra tupida y fresca la multitud delicada de los árboles frutales. Bajo la protección de aquellas palmas gigantescas que el viento agita como anchos abanicos, crecen las parras, los albaricoqueros, las higueras, los granados y las inestimables legumbres.

El agua del río, guardada en amplios depósitos, se distribuye por las propiedades como el gas en nuestros países. Una administración severa hace la cuenta de cada habitante, quien, por medio de canalillos, dispone del manantial durante una ó dos horas por semana según la extensión del dominio.

Se estiman las fortunas por copa de palmera. Estos árboles, guardadores de la vida, protectores de las savias, hunden sin cesar sus raíces en el agua, mientras el fuego requema sus frentes.

El valle de Bu-Saada que lleva el río á los jardines es maravilloso como los paisajes que se ven en sueños. Baja cuajado de higueras, de grandes plantas magníficas, entre dos montañas de roja cumbre.

A lo largo de la rápida corriente del agua, las mujeres árabes con la cara velada y las piernas descubiertas, lavan la ropa bailando encima de ella.

Forman un montón con la ropa, la ponen en la corriente y la golpean con los pies desnudos balanceándose con gracia. El río á lo largo del torrente corre y canta. Saliendo del oasis aun es abundante, pero el desierto que le espera, el desierto amarillo y sediento lo sorbe de pronto en las puertas mismas de los jardines, haciéndolo desaparecer entre sus estériles arenas.

Cuando se sube á lo alto de la mezquita al ponerse el sol para contemplar el conjunto de la ciudad, el aspecto de ella es de los más singulares. Los terrados cuadrados parecen un juego de damas de barro ó de pañuelos sucios. Allí se agita toda la población que sube á las azoteas apenas llega la noche. En las calles no se ve á nadie ni se oye nada. Pero apenas se descubre desde un sitio elevado el conjunto de azoteas, se ve un movimiento extraordinario. Se prepara la cena. Racimos de niños cubiertos de blancos harapos bullen en los rincones y el montón de ropa sucia que representa la mujer árabe del pueblo, hace cocer el alcuzcuz ó bien se dedica á alguna labor.

Anochece. Entonces se extienden los tapices de Djebet-Amur después de haber arrojado escrupulosamente los escorpiones que abundan de un modo

lastimoso, y la familia entera se duerme al sereno bajo el centelleo de los astros.

El oasis de Bu-Saada, aunque pequeño, es uno de los más encantadores de Argelia. En sus alrededores se puede cazar la gacela que abunda. También hay gran número de lefaas y de asquerosas tarántulas de largas patas de las que se ve correr la sombra enorme por la tarde por las paredes de las viviendas.

En aquella aldea existe un comercio bastante considerable por hallarse casi en el camino del Mzab.

Los mozabitas y los judíos son los únicos negociantes y los solos seres industriosos de toda aquella parte del Africa.

Cuando se avanza hacia el sur, la raza judía presenta un aspecto asqueroso que explica en cierto modo el odio feroz de ciertos pueblos contra ella, y hasta los recientes asesinatos. Los judíos de Europa, los de Argel, los que conocemos, aquellos con quienes nos codeamos de continuo, son gente instruída, inteligente, hombres de mundo, amables casi siempre, y nos indignamos al saber que los habitantes de una ciudad desconocida y lejana, han asesinado y ahogado algunos centenares de hijos de Israel.

Ya no me extraña hoy porque nuestros judíos no se parecen en nada á los judíos africanos.

En Bu-Saada se les ve acurrucados en inmundos cubiles reventando de gordos, sórdidos y acechando al árabe como la araña acecha la mosca. Le llaman, procuran prestarle cinco francos á cambio de una letra ó de un pagaré. La víctima comprende el peligro, vacila, no quiere. Pero el deseo de beber y otros deseos, le incitan. ¡Cinco francos representan para él tantos goces!

Cede al cabo, toma la moneda de plata y firma el grasiento papel.

Al cabo de tres meses deberá diez francos, ciento al año, doscientos á los tres años. Entonces el judío hace vender su hacienda si tiene, si no su caballo, su camello, su borrico, lo que tenga.

Los jefes, caids, aghas ó bach-aghas, caen también entre las uñas de esas aves de rapiña, que son el azote, la llaga siempre abierta de nuestra colonia, el gran obstáculo para la civilización y el bienestar del árabe.

Cuando una columna francesa va á saquear á alguna tribu rebelde, una nube de judíos la sigue, comprando á vil precio el botín que vuelven á vender á los árabes una vez que se han ido nuestros soldados.

Si se cogen, por ejemplo, seis mil carneros en una comarca, ¿qué hacer de estas reses? ¿Llevarlas á las ciudades? Morirían por el camino, pues no habría medio de alimentarlas ni darles de comer durante los dos ó tres kilómetros de tierra estéril que hay que atravesar. Además, sería preciso, para llevar y vigilar tal rebaño, doble número de tropas del que forma la columna.

¿Matarlas? ¡Qué matanza y qué pérdida! Los judíos están pidiendo comprar por dos francos carneros que valen veinte. El Tesoro ganará doce mil francos. Se venden.

Ocho días después, los primeros propietarios rescatan á tres francos por cabeza los carneros. La venganza francesa no resulta muy cara.

El judío es el dueño de todo el sur de Argelia. Efectivamente, no hay árabe que no tenga una deuda, pues el árabe no devuelve nunca el dinero. Prefiere renovar su letra al ciento ó al doscientos por ciento. Se cree salvado cuando gana tiempo. Sería preciso una ley especial para modificar situación tan deplorable.

El judío, en todo el sur, únicamente se dedica á la usura por todos los medios más desleales que es posible imaginar. Los verdaderos comerciantes son

los mozabitas. Cuando se llega á una aldea cualquiera del Sahara se advierte en seguida que unos hombres de raza distinta han acaparado los negocios del país. Suyas son las tiendas; reciben y venden las mercancías de Europa y las de la industria local; son inteligentes, activos comerciantes en el fondo de su alma. Son los benimzab ó mozabitas. Se les llama los «judíos del desierto.»

El árabe, el verdadero árabe, aquel para quien todo trabajo es deshonroso, desprecia al mozabita comerciante, pero en épocas fijas se provee en su almacén; le confía los objetos preciosos que no puede guardar en su vida errante. Una especie de pacto constante se establece entre ellos.

Los mozabitas han acaparado, pues, todo el comercio del Africa del Norte. Se les encuentra, no sólo en las ciudades, sino también en las aldeas del Sahara. Una vez han hecho fortuna, vuelven al Mzab, donde debe someterse á una especie de purificación antes de volver á entrar en posesión de sus derechos políticos.

Estos árabes, que se reconocen á primera vista por su talla, pues son más pequeños y robustos que los demás pueblos, por su rostro muy á menudo achatado y ancho, por sus gruesos labios y por sus

ojos generalmente hundidos bajo unas cejas rectas y muy espesas, son cismáticos musulmanes. Pertenecen á una de las tres sectas disidentes del Africa del Norte, y según ciertos sabios son los descendientes de los últimos sectarios del Kahredjisimo. La comarca en que habitan estos hombres es quizás la más rara que existe en Africa.

Sus padres arrojados de Siria por las armas del Profeta fueron á habitar al Djebel-Nefussa, al oeste de Trípoli de Berbería. Pero rechazados sucesivamente de todas partes á causa de su inteligencia y de su industria, sospechosos también á causa de su heterodoxia, se detuvieron por fin en la comarca más árida, más abrasadora y más terrible de todas. Se la llama en árabe Hammade (la cálida) y Chebka (la red) porque parece á una inmensa red de rocas y peñascos negros.

El país de los mozabitas está situado á unos ciento cincuenta kilómetros de Laghuat.

He aquí lo que el comandante Coyne, el hombre que conoce mejor todo el sur de Argelia, describe su llegada al Mzab en un libro de los más interesantes:

«Casi al centro de la Chebka se halla una especie de circo formado por un cinturón de rocas calcá-

reas muy escarpadas por la cara interior. Está abierto al noroeste y al sudoeste por dos trincheras que dejan pasar el Ued-Mzab. Este circo, que tiene cerca de dieciocho kilómetros de largo por dos de ancho, encierra cinco de las ciudades de la confederación del Mzab y los terrenos que cultivan únicamente como jardines los habitantes de este valle.

Visto del exterior por el norte y el este, este cinturón roqueño ofrece el aspecto de una aglomeración de peñascos superpuestos sin orden ni concierto. Diríase que es una inmensa necrópolis árabe. La misma naturaleza parece muerta. No hay ni sombra de vegetación donde descansar la mirada. Las mismas aves de rapiña parecen huir de esas regiones desoladas. Unicamente los rayos de un sol implacable se reflejan sobre los muros de roca, de un blanco grisáceo y producen con sus sombras fantásticos dibujos.

»Se comprende, pues, la admiración y el entusiasmo del viajero, cuando llegado á la carena de aquella línea de rocas descubre en el interior del circo cinco ciudades populosas rodeadas de jardines de una vegetación lujuriosa destacándose con su color verde obscuro del fondo rojizo del cauce del Ued-Mzab.

»En torno de él el desierto desolado, la muerte; á sus pies la vida y las pruebas evidentes de una civilización adelantada».

El Mzab es una república, ó, mejor dicho, una agrupación comunal por el estilo de la que trataron de establecer los revolucionarios parisinos en 1871.

En el Mzab nadie tiene el derecho de permanecer inactivo, y el niño, desde que puede andar y llevar algo, ayuda á su padre á regar los jardines, lo cual forma la constante y mayor ocupación de los habitantes. Desde la mañana á la noche el mulo ó el camello saca agua con el cubo de cuero que en seguida se vierte en un reguero ingeniosamente construído de modo que no se pierda ni una gota del precioso líquido. Los mozabitas han construído gran número de presas para almacenar el agua de las lluvias. Están mucho más adelantados, pues, que los argelinos.

¡La lluvia! Es la dicha, el bienestar asegurado, la cosecha salvada para el mozabita; así es que apenas cae, se apodera una especie de locura de los habitantes. Salen á la calle, disparan sus armas, cantan, corren á los jardines, al río que de nuevo lleva agua, y á los diques de cuya conservación cuidan todos los ciudadanos. Cuando una de las presas amenaza ruina todos deben acudir á ella.

Aquellas gentes, por su trabajo constante, su industria y su prudencia, han hecho de la parte más desolada del Sahara un país fértil, cultivado, donde siete ciudades prósperas viven fecundadas por el sol que en otras partes mata.

Se comprende que el mozabita esté celoso de su patria y que prohiba en lo posible la entrada á los europeos. En algunas ciudades, como Beni-Isguem, ningún extranjero puede dormir ni una noche siquiera.

La policía la ejercen todos los ciudadanos. Nadie se niega á prestar su concurso en caso de necesidad. En aquel país no hay pobres ni mendigos. Los necesitados son socorridos por sus parientes.

Casi todos saben leer y escribir. Por todas partes se ven escuelas, edificios comunales de gran valor. Muchos mozabitas, después de pasar algún tiempo en nuestras ciudades, vuelven á su tierra sabiendo el francés, el italiano y el español.

El libro del comandante Coyne contiene acerca de este curioso pueblo un número infinito de sorprendentes detalles.

En Bu-Saada como en todos los oasis y ciudades, los mozabitas son los que hacen el comercio, los cambios, tienen almacenes de toda clase de mercancías, y se entregan á todas las profesiones.

Después de pasar cuatro días en Bu-Saada, volví hacia la costa.

Las montañas que se encuentran dirigiéndose al litoral tienen un aspecto raro.

Parecen monstruosos castillos fuertes que tuvieran muchos kilómetros de almenas. Son regulares, cuadradas, cortadas de un modo geométrico. La más alta es plana y parece inaccesible. Su forma ha hecho que la llamaran «El Billar». Poco antes de mi llegada, dos oficiales subieron á ella por vez primera. En la cumbre encontraron dos enormes cisternas romanas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LA KABILIA.—BUGIE

La Kabilia.--Bugie

Estamos en la parte más rica y poblada de Argelia. El país de kabilas es montañoso, cubierto de bosques y lleno de hermosos campos. Saliendo de Aumale se baja hacia el amplio valle de Sahel. Allí se yergue una montaña enorme, la Djurjura. Sus picos más altos son grises como si estuviesen cubiertos de cenizas. Por todas partes, en las cumbres más bajas, se ven aldeas, que, desde lejos, parecen montones de piedras blancas. Otras están agarradas á las pendientes. En toda aquella comarca fértil se riñe ruda lucha para la posesión del suelo.

La Kabilia está más poblada que el departamento más populoso de Francia. El kabila no es nómado sino sedentario y trabajador. El argelino sólo piensa en despojarle.

He aquí los diferentes sistemas empleados para despojar y expoliar á los miserables propietarios indígenas.

Un individuo cualquier al marchar á Francia, pide á la oficina correspondiente una concesión en Argelia. Se le presenta un sombrero con papelitos dentro, y saca el número correspondiente á un lote de tierra. Aquel lote, desde entonces, le pertenece. Parte. Halla en Africa, en una aldea indígena, toda una familia instalada en la concesión que se le ha otorgado. Aquella familia ha cultivado la tierra y de ella vive. No posee nada más. El extranjero la expulsa.

Se va, resignada, puesto que *aquella es la ley francesa*. Pero aquella gente que desde entonces queda sin recursos, va al desierto y se convierte en rebelde.

Otras veces se llega á un arreglo. El colono europeo, asustado por el calor y el aspecto del país, entra en negociaciones con el kábila que se convierte en arrendatario.

Y el indígena, que permanece en *su* tierra, envía, un año con otro, mil, mil quinientos ó dos mil francos al europeo que ha vuelto á Francia.

Esto equivale á la concesión de un estanco.

Otro método:

La Cámara vóta un crédito de cuarenta ó cincuenta millones destinados á la colonización de Argelia.

¿Qué se hará con esta suma? ¿Se construirán presas, se poblarán de bosques las cumbres para contener el agua, ó se tratará de hacer fértiles las llanuras estériles?

De ninguna manera. Se expropia al árabe. En la Kabilia, la tierra tiene un valor considerable. En los mejores sitios se vende á *mil seiscientos francos la hectárea;* y se vende comunmente á ochocientos francos.

Los kabilas que son propietarios, viven tranquilos y no se rebelan, pues les conviene vivir en paz, ya que son ricos.

¿Qué sucede? Se dispone de cincuenta millones. La Kabilia es la comarca mejor de Argelia. Pues bien, se expropia á los kabilas en provecho de colonos indeterminados.

¿Pero cómo se verifica la expropiación? Pagando á CUARENTA FRANCOS la hectárea, que vale á bajo precio OCHOCIENTOS FRANCOS.

El cabeza de familia se va sin murmurar (la ley

lo quiere) á cualquier parte, con los suyos, con los hombres sin trabajo, las mujeres y los niños.

Aquella gente no es comercial ni industrial. Sólo son labradores.

La familia vive en tanto que les queda algo de la suma irrisoria que se les ha dado. Luego llega la miseria. Los hombres empuñan el fusil y siguen á un Bu-Amema cualquiera para probar sin duda que Argel debe ser gobernado por un militar.

Se dice: Dejamos que el indígena ocupe las comarcas fértiles en tanto que no hay europeos; pero cuando éstos llegan, expropiamos á los primitivos propietarios.—Muy bien; pero cuando no habrá ya más tierras fértiles, ¿qué harán ustedes?—Fertilizaremos las estériles.—Pues ¿por qué no empezar ahora que tienen ustedes cincuenta millones?

¡Cómo! Hay compañías particulares que construyen presas gigantescas para proporcionar agua á comarcas enteras; es sabido que ingenieros de talento demuestran y afirman que arbolando ciertas cimas, se puede ganar leguas y leguas que aprovechará la agricultura ¿y lo único que se ocurre, es expulsar á los kabilas?

Fuerza es confesar que una vez pasado el Tell, el suelo es árido, pelado, casi inútil para el cultivo.

Unicamente el árabe, que se alimenta con un par de puñados de harina diarios y algunos higos, puede vivir en esas comarcas desoladas. Un europeo no puede subsistir allí. No quedan, pues, sino muy escasos terrenos para cultivar, á menos de arrojar á los indígenas... y esto es lo que se hace.

En suma, salvo los afortunados propietarios de la llanura de Mitidja, aquellos que están establecidos en la estrecha faja del litoral que limita el Atlas, y los que han obtenido tierras en la Kabilia por los procedimientos que dejo anotados, los colonos todos de Argelia padecen gran miseria. Argelia no puede ya recibir más gente; de lo contrario perecerían de hambre los que fueran.

Esta colonia es muy difícil de administrar por razones fáciles de comprender.

Extensa como una nación europea, Argelia está formada de regiones muy diversas, habitadas por razas esencialmente diferentes. He ahí lo que ningún gobierno ha parecido comprender hasta ahora.

Hay que conocer muy á fondo una comarca para pretender gobernarla bien, puesto que cada cual necesita leyes, reglamentos, disposiciones y precauciones totalmente opuestas. Un gobernador, sea el

que fuere, ignora por completo todas esas cuestiones de detalles y de costumbres, y no le queda otro recurso que fiar en la pericia y datos que le proporcionan sus subalternos.

¿Quiénes son esos administradores? ¿Colonos? ¿Hombres criados en el país y conocedores de sus necesidades? ¡No! Son empleadillos que llegan de París con el virrey.

Uno de esos jóvenes administra á sesenta ó cien mil personas. Comete una tontería tras otra y arruina al país. Es lo lógico.

Hay excepciones. A veces el delegado del gobernador trabaja, procura instruirse y comprender las necesidades de la comarca que administra. Necesitaría diez años para saber lo que le conviene. Al cabo de seis meses le cambian de residencia. Por razones de familia, por conveniencias personales, por cualquier causa, le envían de la frontera de Túnez á la de Marruecos, y una vez en su nuevo puesto empieza á emplear iguales procedimientos que en el punto de donde viene, fiando en lo que ha aprendido, aplicando iguales reglas de conducta y gobierno, sin parar mientes en que difieren por completo las gentes de ambas comarcas.

Lo esencial no es, pues, un buen gobernador, sino unos buenos empleados.

Se procuró, para remediar tamaños desastres, estado de cosas tan deplorable, crear una escuela de administración donde pudiera inculcarse á gran número de jóvenes los principios elementales, indispensables para gobernar con acierto el país. La camarilla del señor Alberto Grévy hizo abortar el proyecto. Una vez más obtuvo el favoritismo la victoria.

El personal administrativo se recluta, pues, de un modo descabellado. Verdad es que hay algunos hombres inteligentes y activos. El gobierno, que carece de personal, hace proposiciones á los antiguos oficiales de las oficinas árabes. Conocen muy bien á los indígenas; pero es difícil creer que su cambio de traje haya variado sus principios administrativos; y no hay, á lo que parece, motivo para echarlos airadamente cuando visten uniforme si se les vuelve á tomar cuando llevan levita.

Ya que he dicho algunas palabras del escabroso asunto de la administración argelina, quiero decir algunas otras acerca de una cuestión capital que urge resolver cuanto antes; la de los altos funcionarios indígenas, que son en realidad los verdaderos y únicos administradores, los administradores todopoderosos de aquella parte de nuestra colonia comprendida entre el Tell y el desierto.

Cuando empezó la dominación francesa, se dió, juntamente con el nombre de aghas ó de bach-aghas, una autoridad muy grande á varios jefes indígenas sobre las tribus de una comarca. Nuestra influencia hubiera sido impotente; la substituímos por la de los jefes árabes que parecían adictos á nuestra causa, resignándonos por adelantado á las defecciones probables, que fueron, por cierto, numerosas. La medida era prudente y política; dió buenos resultados. Ciertos aghas nos han prestado grandes servicios, y gracias á ellos quizá se ha ahorrado la sangre de muchos soldados franceses.

Pero no porque en un momento dado fuera oportuna una medida se deduce que haya de resultar perfecta andando el tiempo y teniendo en cuenta las modificaciones que los años traen consigo en un país en vías de colonización.

Actualmente la presencia de estos potentados, los únicos respetados y obedecidos por las tribus, es una causa de perenne riesgo para nosotros, un obstáculo invencible para la civilización de los árabes. Sin embargo, el partido militar parece prohijar enérgicamente el sistema de jefes indígenas, que el partido civil estima que hay que suprimir.

No puedo tratar á fondo tal cuestión; pero basta

realizar la expedición que yo emprendí al territorio de las tribus para ver claramente los enormes inconvenientes del actual sistema. Citaré algunos hechos.

La larga resistencia de Bu-Amema se debe en realidad al agha de Saida.

Al estallar la insurrección ese agha iba á reunirse á los franceses con sus tropas. Por el camino halló á los trafis que iban en la misma dirección y se unió á ellos.

Pero el agha de Saida está cargado de deudas que no puede pagar. Por la noche se le ocurrió sin duda la idea de verificar una razzia, porque, reuniendo sus tropas se precipitó contra los trafis. Estos, vencidos al principio, derrotaron después á sus agresores y el agha de Saida tuvo que huir con su gente.

Como el agha de Saida es aliado nuestro, nuestro amigo, nuestro lugarteniente, como representa la autoridad francesa, los trafis creyeron que teníamos algo que ver en el asunto, y en vez de ir al campamento francés fueron á engrosar las filas de Bu-Amema, al que no abandonaron ya y del que constituyeron el mejor núcleo.

El ejemplo es característico ¿verdad? ¡El agha de

Saida continúa siendo nuestro amigo, y marcha bajo nuestras banderas!

Se cita otro agha célebre que nuestros jefes tratan con grandes consideraciones porque tiene gran predominio sobre numerosas tribus.

Tan pronto nos auxilia como nos traiciona. Aliado oficialmente á los franceses que le transmiten su autoridad, fomenta en secreto todas las insurrecciones. Verdad es que abandona uno y otro bando siempre que se le presenta ocasión de entregarse á sus instintos de rapiña.

A pesar de haber tomado parte en el asesinato del coronel Beauprêtre, hoy día es nuestro aliado. Se sospecha que tomó parte en muchos complots contra nosotros.

Nuestro inquebrantable aliado, el agha de Frenda, nos ha avisado muchas veces de la conducta falaz de aquel potentado. Pero no hemos querido oir porque presta servicios interesados á nuestros jefes militares, aun cuando preste otros á nuestros enemigos.

Esta situación rara, la protección que otorgamos á este jefe, le asegura la impunidad de los numerosos delitos que diariamente perpetra.

He aquí lo que sucede.

Los árabes, en Argel entero, se roban unos á otros. No hay noche que no se dé cuenta de que han robado veinte camellos aquí, cien carneros allá, bueyes por el lado de Biskra, caballos por el lado de Djelfa. Nunca se da con los ladrones. Y, sin embargo, ni uno solo de los oficiales de las oficinas árabes ignora á donde va á parar el ganado robado. Va á parar á manos de ese agha que sirve de encubridor á todos los bandidos del desierto. Los animales robados aumentan el número de sus inmensos rebaños; se queda con algunas de las reses en pago de su complacencia y devuelve las otras cuando ya no hay que temer nada de la justicia.

Todos los habitantes del Sur saben tales cosas.

Pero es necesario el tal hombre á quien se ha dejado adquirir inmensa influencia, aumentada cada día más por la protección que otorga á los merodeadores, y nada se quiere ver de lo que hace.

Así resulta que este jefe es inmensamente rico, mientras que el agha de Djelfa, por ejemplo, se ha arruinado en parte por servir los intereses de la colonización, creando granjas, cultivando, etc.

Además de tal orden de hechos, resultan muchos inconvenientes más graves de la presencia de esos

magistrados indígenas entre las tribus. Para darse cabal cuenta de ellos, hay que tener noción exacta de lo que es la Argelia actual.

El territorio y la población de nuestra colonia están divididos de un modo bien preciso.

Hay las ciudades del litoral que no tienen más relaciones con el interior de Argelia, que las ciudades francesas tienen con la colonia.

Los habitantes de las ciudades de la colonia son esencialmente sedentarios; sienten á veces, de lejos, los efectos de los acontecimientos que ocurren en el interior; pero su acción é influencia en el territorio árabe es nula.

La segunda zona, el Tell, está ocupada en parte por los colonos europeos. Y el colono ve en el árabe el enemigo á quien hay que disputar la tierra laborable. Le odia instintivamente, le persigue sin cesar y le despoja cuando puede. El árabe le paga en igual moneda.

La hostilidad permanente entre árabes y colonos impide que éstos puedan civilizar á aquéllos. En tal región menos mal. Como el elemento europeo tiende á eliminar el elemento indígena, no será preciso un período muy largo para que los árabes, arruinados y desposeídos, se refugien al sur.

Es necesario que esos enemigos vencidos permanezcan en sosiego. Para ello es preciso que nuestra autoridad se imponga á ellos de continuo, que nuestra acción sea incesante, y, sobre todo, que nuestra influencia predomine.

¿Qué ocurre hoy por hoy?

Las tribus, diseminadas por una extensión inmensa, no reciben jamás la visita de un europeo. Tan sólo, muy de tarde en tarde, los oficiales de las oficinas hacen una visita de inspección, que se limita á preguntar á los caids lo que ocurre en las tribus.

Pero el caid está bajo la autoridad del jefe indígena, agha ó lach-agha. Si este jefe es de ilustre prosapia respetada en el desierto, su influencia es ilimitada. Todos los caids le obedecen, como lo hicieran antes de la ocupación francesa, y nada de lo que ocurre llega á conocimiento de nuestras autoridades militares.

La tribu es entonces un feudo del agha que, siguiendo las tradiciones de sus antepasados, ejerce toda clase de exacciones sobre sus súbditos. Es el dueño; se hace entregar lo que quiere, tan pronto cien carneros como doscientos, y se porta, en una palabra, como un tiranuelo; y, como que nosotros

somos los que le hemos dado autoridad, resulta que la dominación francesa no es otra cosa que la continuación del antiguo régimen árabe, el robo jerárquico, etc., etc., sin contar que se nos hace poco caso y que ignoramos lo que ocurre en el país.

A todo ello se debe que jamás sepamos qué va á estallar una rebelión hasta que ya la cosa no tiene remedio.

Así, pues, la presencia de altos jefes indígenas retarda la obra civilizadora y la influencia real y directa sobre las tribus, que desconocemos en absoluto.

¿El remedio? Helo ahí. Casi todos los jefes, menos dos ó tres, necesitan dinero. Se les puede dar una renta de diez, veinte ó treinta mil francos, según los servicios que nos han prestado y obligarles á vivir en Argel ó en otra ciudad cualquiera del litoral. Ciertos militares creen que tal medida produciría una sublevación. Sus razones tendrán... bien conocidas. Otros oficiales afirman, por lo contrario, que sería una medida prudente que acabaría con el actual desorden.

No es esto todo. Habría que reemplazar á esos hombres por funcionarios civiles que vivieran constantemente entre las tribus y ejercieran sobre los

caids una influencia directa. De esta manera la civilización, una vez salvado tal obstáculo, penetraría poco á poco en estas regiones.

Pero las reformas útiles tardan en plantearse así en Francia como en Argelia.

Atravesando la Kabilia, me convencí de la completa impotencia de nuestra acción hasta en las tribus que viven entre europeos.

Iba hacia el mar siguiendo el largo valle que va de Beni-Mansur á Bougie. Ante nosotros una nube espesa y rara cerraba el horizonte. Encima de nuestras cabezas el firmamento tenía ese color blanco lechoso que adquiere en estas comarcas los días de gran bochorno; pero á lo lejos, una bruma parda de reflejos amarillentos que no parecía ser ni una nube, ni una niebla, ni una de esas densas tempestades de arena que pasan con la furia del huracán, envolvía todo el país.

Aquella nube opaca, pesada, casi negra en la base y más ligera en la cima, cerraba como una pared el ancho valle. Luego, en la atmósfera quieta pareció sentirse olor de madera quemada. ¿Pero qué gigantesco incendio hubiera podido producir aquella montaña de humo?

Era humo, efectivamente. Todos los bosques de la Kabilia ardían.

Pronto entramos en aquella semiobscuridad sofocante. A cien metros de distancia no se veía nada. Los caballos resoplaban con fuerza. Parecía anochecer y una brisa insensible, una de esas brisas lentas que apenas mueven las hojas, empujaba hacia el mar aquella noche flotante.

Esperamos dos horas en una aldea para saber noticias, y cuando la verdadera noche hubo cerrado, se puso en camino nuestro cochecito.

Una claridad confusa, lejana aun, iluminaba el cielo como un meteoro. Crecía, crecía, cerraba el horizonte más bien sangriento que brillante. Pero de pronto al dar vuelta á un recodo del valle, me creí en presencia de una ciudad iluminada. Era una montaña entera, ya quemada, con todo el monte bajo convertido en cenizas, mientras los troncos de robles y olivos, estaban aún incandescentes, brasas enormes en pie, á millares, no echando humo ya, pero parecidas á innumerables luces colosales, alineadas ó esparcidas, figurando paseos interminables, plazas, calles tortuosas, el azar, la confusión ó el orden que se advierte cuando se ve de lejos una ciudad iluminada por la noche.

A medida que nos acercábamos más al incendio la claridad era más viva. Durante aquel día las llamas habían devorado veinte kilómetros de bosque.

Al ver la línea del incendio quedé despavorido y encantado ante el espectáculo más terrible y conmovedor que viera jamás. El fuego, como una ola, adelantaba por una anchura incalculable. Arrasaba el suelo, avanzaba sin cesar y muy aprisa. Los jarales ardían y se apagaban. Como antorchas, los grandes árboles ardían lentamente agitando sus penachos de fuego en tanto que la llama de la broza galopaba en la vanguardia.

Durante toda la noche seguimos el monstruoso brasero. Al amanecer llegamos al mar.

Encerrado por un cinturón de raras montañas, de dentadas crestas, extrañas y encantadoras, con las faldas pobladas de árboles, el golfo de Bougie, de un azul lechoso, pero sin embargo claro, y de una transparencia increíble, se ensancha bajo un cielo de azur, de un azur siempre igual.

Al extremo de la costa, á la izquierda, en la rápida pendiente del monte, entre una sábana de verdura, la ciudad baja hacia el mar como un arroyo de blancas casas.

Al penetrar en ella produce la impresión de una de esas inverosímiles ciudades de ópera que á veces se ven en sueños.

Tiene casas moras, casas francesas y ruinas en

todas partes, esas ruinas que se ven en el primer término de las decoraciones, frente á un palacio de cartón.

Al llegar allí, de pie junto al mar, cerca del muelle donde atracan los trasatlánticos y las barcas de pesca cuyas velas parecen alas, en un panorama encantador, se ve una ruina tan magnífica que no parece natural. Es la antigua puerta sarracena cubierta de yedra.

Y en los bosques montuosos que hay cerca de la ciudad abundan las ruinas, lienzos de murallas romanas, restos de monumentos sarracenos, trozos de construcciones árabes.

Transcurrió el día, tranquilo y abrasador, y vino la noche. Entonces, en torno del golfo se observó una visión sorprendente. A medida que las sombras aumentaban, una claridad, que no era la del día, llenaba el horizonte. El incendio, como un ejército sitiador, encerraba la ciudad por todas partes. Nuevos focos, prendidos por los kabilas, aparecían uno tras otro, maravillosamente reflejados en las aguas tranquilas del amplio puerto rodeado de las abrasadas costas. El fuego tan pronto parecía una guirlanda de farolillos á la veneciana, como una serpiente de anillos de llama retorciéndose por las

ondulaciones de la montaña, como brotaba cual una erupción volcánica, con un centro deslumbrador y un penacho gigantesco de rojo humo, según consumiera monte bajo ó carrascales y arbustos.

Seis días estuve en aquel país que ardía y luego partí por aquel camino incomparable que rodea el golfo y corre á lo largo de las montañas, dominado por unos bosques, dominando otros y arenas sin fin, arenas de oro que bañan las olas sosegadas del Mediterráneo.

A veces el incendio alcanzaba el camino. Debíamos saltar del coche para apartar los troncos ardiendo que habían caído ante nosotros; tan pronto marchábamos entre dos oleadas de fuego, arrastrados á galope por los cuatro caballos, viendo como una de ellas bajaba hasta el fondo de un barranco y y escalaba la otra las alturas, royendo la montaña cuya piel requemada descubría. Las colinas incendiadas, extinguidas y ya frías parecían cubiertas de un velo negro, de un velo de luto.

A veces atravesábamos comarcas aun intactas. Los colonos, inquietos, de pie en el umbral de las puertas, nos preguntaban por la marcha del incendio, como se informaban en Francia, durante la guerra alemana, de la marcha del enemigo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Veíanse chacales, hienas, zorras, liebres, cien animales distintos huyendo del azote, enloquecidos de espanto.

En un vallecito vi los cinco alambres telegráficos tan cargados de golondrinas, que cedían haciendo flecha, y formando así entre los postes, cinco guirnaldas de pájaros.

El cochero restalló la fusta y una nube de pájaros huyó, se dispersó por el aire y los gruesos alambres, libres del peso que les oprimía, saltaron, se distendieron como la cuerda de un arco, y palpitaron largo rato estremecidos por vibraciones que se calmaban poco á poco.

Pronto penetramos en las gargantas de Chabet-el-Akhra. Dejando á la izquierda el mar se penetra en la montaña. Aquel desfiladero es uno de los más grandiosos que existen. El paso se estrecha en muchos puntos; picos graníticos, pelados, rojizos, pardos ó azules se acercan, no dejan en su base más que un estrecho cauce para el agua, y el camino está abierto en la roca viva, sobre el torrente que rueda en el fondo.

El aspecto de aquella garganta árida, salvaje y soberbia cambia á cada momento. Las dos murallas que la forman suben á veces hasta dos mil metros y el sol no puede penetrar en el fondo de aquel pozo sino en el instante preciso de pasar por encima.

A la salida está la aldea de Kerrata. Sus habitantes hacía ocho días que miraban salir el negro humo del incendio del sombrío desfiladero, como de una gigantesca chimenea.

El gobierno de Argelia, después del desastre, que hubiera podido evitar con alguna previsión, pretendió hacer creer que no se debía á las kabilas. También se ha dicho que los bosques quemados no llegaban á cincuenta mil hectáreas.

He aquí un despacho del subprefecto de Philippeville:

«He sabido por el alcalde y el administrador de Jemmapes que todas las concesiones forestales han ardido y que el fuego ha devorado todos los aduars del ayuntamiento mixto. Las aldeas de Gastú, Ain-Cherchar, el Djendel, han corrido peligro.

En Philippeville han ardido todas las arboledas y bosques.

Stora, San Antonio, Valée, Damrémont, han estado á pique de ser pasto de las llamas.

El-Arruch ha padecido poco, exceptuando qui-

nientas hectáreas quemadas en los aduares de los Ulad-Messaud, Hazabra y El-Ghedir.

En Saint-Charles hay cerca de seiscientas hectáreas *quemadas entre Ued-Deb y Ued-Gudi y* ochocientas hectáreas *al noreste y sureste. Las plantaciones han quedado destruídas.*

En Collo y Attia el fuego lo ha destruído todo.

Las concesiones Lesseps, Teissier, Levat, Lefebre, Sider, Bessin, están destruídas del todo ó en parte, es decir, más de cuarenta mil hectáreas *de bosques nacionales. Granjas y casas de Zeriban, han sido pasto de las llamas. Hay numerosas víctimas.*

Esta mañana hemos enterrado á tres zuavos, víctimas de su celo cerca de Valée.

Las pérdidas son incalculables y no pueden evaluarse ni aproximadamente.

El peligro ha desaparecido en gran parte por la destrucción de todos los bosques. El viento ha cambiado de dirección y creo que podrán ser dominados los últimos focos en las propiedades de Besson, de Collo, y en la Estaya cerca de Robertville.

Ayer envié ciento cincuenta soldados á Collo y dispuse también de un trasatlántico.»

Añádanse á esto los incendios de los bosques del Zeramma, Fil-Fila, Fendeck, etc.

El señor Bisern, concesionario por catorce años de los bosques de El-Milia, escribe esto:

«Mi personal ha dado muestra de la mayor energía; se ha expuesto gravemente y dominamos el fuego en dos ocasiones. Fué en vano. Mientras combatíamos en un punto, los árabes creaban nuevos focos en distintos sitios.

He aquí una carta de un propietario:

«Tengo el honor de poner en su conocimiento, que durante la noche del domingo al lunes, mi guarda Ripeyre que vigila mi propiedad, situada sobre el campo de maniobras, ha presenciado cuatro tentativas de incendio; en la propiedad comunal, á corta distancia de mi finca, otra sobre Damrémont y la cuarta sobre Valée. Como no hacía viento, el fuego no se ha propagado.»

He aquí un despacho de Djidjelli:

Djidjelli, 23 agosto, 3'16 tarde.

«Un incendio destruye la concesión forestal de los Beni-Amram, perteneciente al señor Carpentier de Djidjelli.

La última noche fué prendido en veinte puntos distintos; un peón caminero que venía de la mina de Carvalho ha visto los diferentes focos.

Esta mañana, casi á la vista del caid Amar-ben-Habilés, de la tribu de los Beni-Fughal, se ha pegado fuego á los bosques de Mezrech, y pocos minutos después aparecía otro foco en punto contrario al viento.

En fin, casi al mismo tiempo, á cuatrocientos pasos del grupo formado por el caid y unos cincuenta árabes de su tribu, también en dirección contraria al viento, estallaba un nuevo foco.

Es evidente, pues, que el incendio lo producen los indígenas como obedeciendo á una orden general.»

Añadiré que, habiendo pasado yo mismo seis días en el país incendiado, he visto con mis propios ojos surgir el fuego simultáneamente en ocho sitios distintos, en el bosque, lejos de toda vivienda.

Si ejerciéramos una vigilancia activa sobre las tribus, tales desastres, que se repiten cada cuatro ó cinco años, no ocurrirían.

El gobierno cree haber puesto una pica en Flandes cuando, al acercarse la época de los grandes

calores, renueva las instrucciones concernientes al establecimiento de puestos-vigías instituídos por el artículo 4 de la ley del 17 de julio de 1874. Este artículo dice así:

«Los habitantes indígenas de las regiones forestales, están obligados, desde 1.° de julio á 1.° de noviembre, á prestar un servicio de vigilancia que determinará el gobernador general».

Se recela que los indígenas quieran incendiar los bosques... ¡y se les confía su guarda!

¿No es esto una candidez monumental?

El tal artículo ha sido fielmente observado. Los indígenas han ocupado sus puestos... para propagar el incendio.

Es verdad que otro artículo dispone que se ejerza una vigilancia especial por un oficial que nombra el gobernador cada año.

Pero este artículo no se cumple nunca ó casi nunca.

Añadamos que la administración forestal, la más quisquillosa y molesta quizá de cuantas existen en Argelia, hace cuanto puede para exasperar á los indígenas.

En suma, y para resumir la cuestión de colonización, el gobierno, para favorecer la inmigración

europea se conduce de un modo inicuo con los árabes. ¿Cómo no han de seguir los colonos un sistema y un ejemplo que tan bien responden á sus intereses?

Hay que hacer constar, sin embargo, que, desde hace algunos años, hombres muy inteligentes y expertos en materia de cultura, parecen haber mejorado bastante el estado general de la colonia. Argelia se convierte, gracias á los esfuerzos de esos hombres, en un país productivo. La población que se forma no trabaja sólo en favor de sus intereses personales sino también en pro de los franceses.

Cierto es que el suelo, en manos de esos hombres, producirá lo que jamás hubiera producido en las de los árabes; es seguro que la población primitiva desaparecerá poco á poco, y es indudable que tal desaparición será provechosa para Argelia; pero es indigno que se cumpla del modo que se hace.

CONSTANTINA

Constantina

Del Chabet hasta Setif diríase que se atraviesa un país de oro. Los sembrados, cortados muy altos y no al ras de la tierra como en Francia, machacados por los pies de los rebaños, mezclando su color claro de paja al color más obscuro del suelo, dan á la tierra el matiz cálido y rico de los dorados antiguos.

Setif es una de las ciudades más feas que cabe imaginar.

Luego hasta Constantina se atraviesan interminables llanuras. Los grupos de árboles que de trecho en trecho las alegran les dan cierto parecido con una mesa de pino sobre la cual se hubieran esparcido arbolitos de Nuremberga.

Aquí está Constantina, la fenomenal, Constantina la rara, guardada, como por una serpiente que se

enroscara á sus pies, por el Rumel, el fantástico Rumel, río de poema que se creería soñado por el Dante, río de infierno corriendo en el fondo de un abismo rojo como si las llamas eternas le hubiesen abrasado. Ha convertido su ciudad en una isla, ese río celoso y sorprendente; la rodea de un abismo terrible y tortuoso, de peñascos deslumbrantes y extraños, de muros rectos y dentados.

Los árabes dicen que la ciudad parece un albornoz extendido. La llaman Belad-el-Haoua, la ciudad del aire, la ciudad del torrente, la ciudad de las pasiones. Domina valles admirables cubiertos de ruinas romanas, de acueductos de gigantescas arcadas, llenas también de una maravillosa vegetación. La dominan las alturas de Mansura y de Sidi-Meçid.

Aparece en pie sobre el peñasco, defendida por su río, como una reina. Una vieja canción la glorifica: «Bendecid, dice á sus habitantes, á vuestros abuelos que han construido la ciudad en el peñascal. Los cuervos excretan sobre la gente; vosotros excretáis sobre los cuervos.»

Las calles populosas son más bulliciosas que las de Argel, más llenas de vida, recorridas sin cesar por gentes de diversas razas, árabes, kabilas biskris, mzabis, negros, moras veladas, spahis rojos,

turcos azules, kadis graves, oficiales relucientes. Y los vendedores empujan delante de ellos asnos, esos borriquitos del Africa, pequeños como perros, caballos, camellos lentos y majestuosos.

Benditas sean las judías. Tienen aquí una belleza soberbia, severa y encantadora. Pasan envueltas antes que vestidas en telas deslumbradoras, matizadas, preciosas, sabiendo cómo han de ajustarlas á su cuerpo para ser aún más bellas. Llevan los brazos desnudos desde el hombro, brazos de estatua que exponen sin temor al sol, así como sus rostros tranquilos de líneas rectas y puras. Y el sol parece que no puede morder aquella carne pulida.

Lo que alegra más la mirada en Constantina son las niñas, las niñitas, con sus vestidos que parecen disfraces, con vestidos de cola de seda azul ó encarnada, cubierta la cabeza con velos de tisu de oro y plata, las cejas pintadas y prolongadas, como un arco sobre los ojos, las uñas teñidas, el rostro y la frente tatuados á veces con una estrella, la mirada atrevida y ya provocadora, fijándose en quien las admira, andan con paso menudo y rápido dando la mano á un árabe alto, que es su criado.

Diríase que aquello es una nación de cuento de hadas, una nación de mujercitas galantes, porque aquellas niñitas tienen aspecto de mujer por su ata-

vío, por su coquetería, por los afeites del rostro. Llaman con los ojos, como las mujeres; son encantadoras, irritantes como monstruos adorables. Parece aquella ciudad una pensión de cortesanas de diez años, semilla de amor que se abre á la vida.

Ante nosotros está el palacio de Hadj-Ahmed, una de las mejores muestras de la arquitectura árabe, á lo que se dice. Todos los viajeros lo han celebrado, comparándolo á las habitaciones de las Mil y una Noches.

Nada tendría de particular si los jardines interiores no le daban un aspecto oriental muy bonito. Se necesitaría un volumen para contar las ferocidades, las dilapidaciones, todas las infamias del que lo construyó con materiales preciosos arrancados de las ricas viviendas de la ciudad y de sus contornos.

El barrio árabe de Constantina ocupa la mitad de la ciudad. Las calles son empinadas, más tortuosas y estrechas que las de Argel y van hasta el borde del abismo por donde corre el Rumel.

En otro tiempo ocho puentes atravesaban el precipicio. Seis de ellos están ruinosos. Sólo uno, de origen romano, da clara idea de lo que fuera. El Rumel, de trecho en trecho, desaparece bajo colosales arcadas que él mismo ha abierto. Sobre una de ellas fué construído el puente. La bóveda natu-

ral por donde pasa el río tiene una altura de cuarenta y un metros y tiene un espesor de dieciocho metros; los cimientos de la construcción romana están, pues, *á cincuenta y nueve metros* sobre el agua y el puente tenía dos pisos, dos hileras de arcos superpuestos sobre el gigantesco arco construído por la naturaleza.

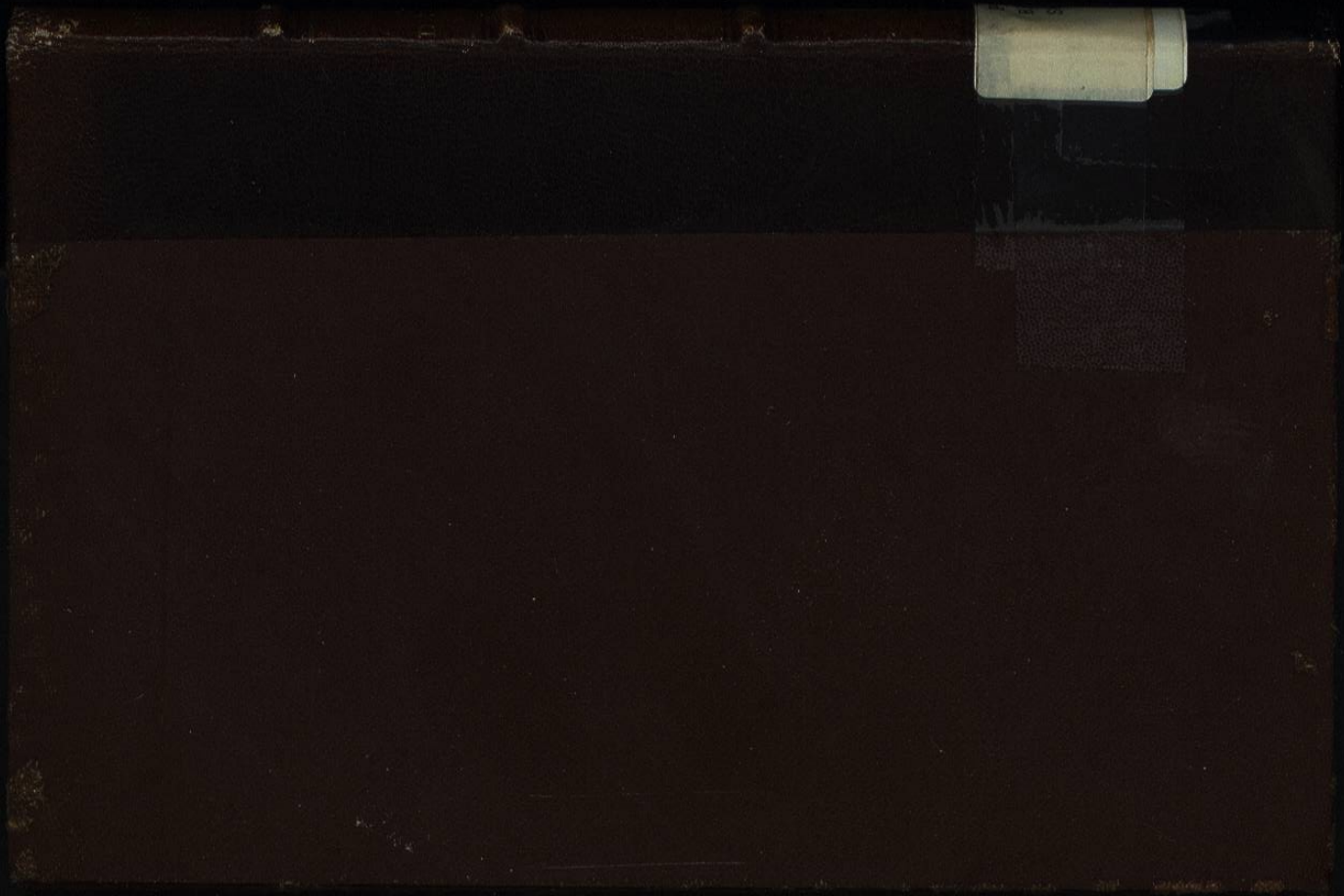
Hoy día un puente de hierro de un solo arco da entrada á la ciudad.

Pero hay que marchar y llegar á Bona, linda ciudad que recuerda las que hay en Francia á orillas del Mediterráneo.

El *Kléber* tiene las calderas encendidas junto al muelle. Son las seis. El sol se pone en el desierto cuando el buque emprende la marcha.

Yo permanezco hasta la noche sobre cubierta con la mirada vuelta hacia la tierra que desaparece entre una nube purpúrea, en la apoteosis de una puesta de sol gloriosa, en una polvareda de oro rosado que salpica el amplio manto de azur del firmamento.

FIN

ÍNDICE

	Páginas
Al sol	7
El mar	15
Argel	21
La provincia de Orán	29
Bu-Amema	47
Provincia de Argel	61
El Zar'ez	91
La Kabilia-Bugie	159
Constantina	187